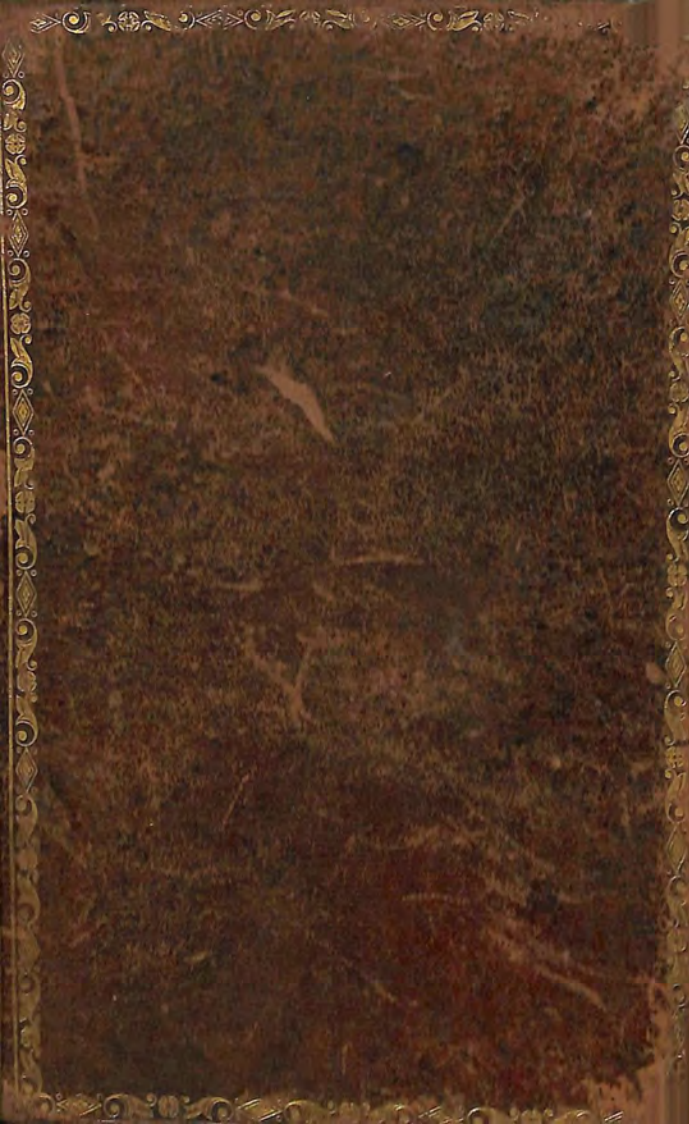


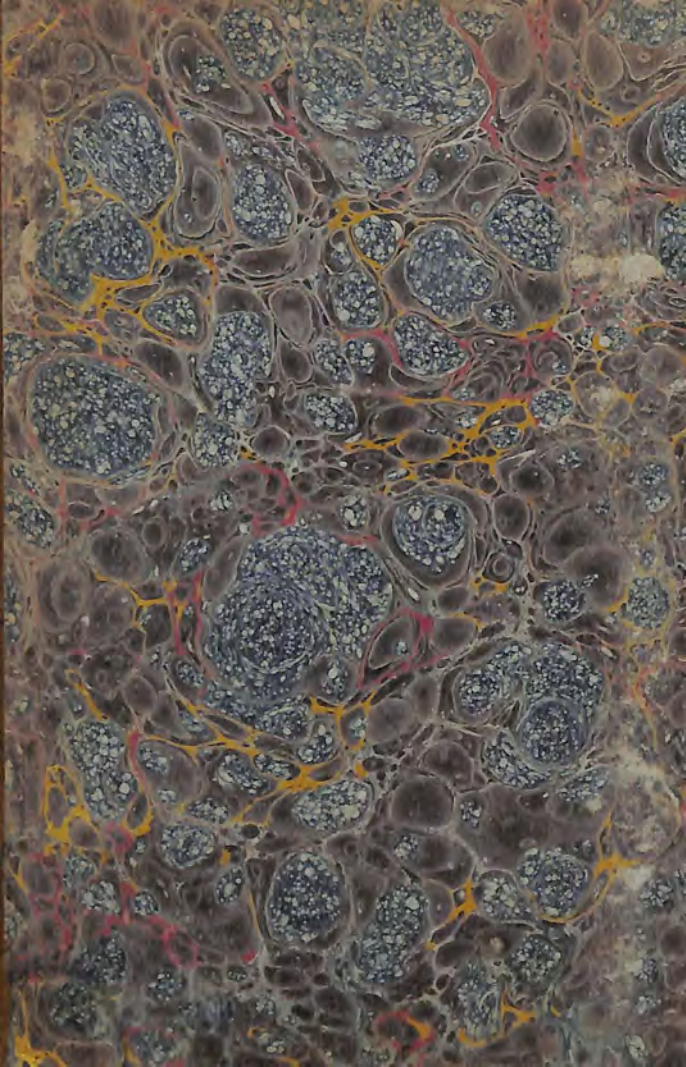
CLARA
DE
ALHEIRA



12











CLARA
DE ALMEIDA.

CLARA

LA AMERICA

Paris. — Imprenta de Everat.

**CLARA
DE ALMEIDA,**

HISTORIA DE NUESTROS TIEMPOS,

SACADA DE LAS ESCENAS DE LA VIDA ESPAÑOLA
DE LA SEÑORA MARISCALA JUNOT,

(**Duquesa de Abrantes.**)

POR

D. Francisco Javier Macztu.

TOMO II.

PARIS ,
LIBRERIA DE ROSA.

—
1856.

DEPARTAMENTO

DE AGRICULTURA

INSTITUTO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

CONSEJO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

(Instituto de Agronomía)

INSTITUTO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

TOMO II

PARTE

LIBRERÍA DE ROSA

BOGOTÁ, COLOMBIA

GLARA DE ALMEIDA

La corte de España habia ordenado las fiestas mas magnificas en celebridad de la paz asegurada por el tratado de Badajoz. La marquesa, como dama de palacio, se vió obligada á dejar Almeria para ir á Madrid y hacer su servicio. Don Luis, que estaba ya resuelto á terminar su vida con un suicidio, ó á envolver en su pérdida á Doña

Clara, no volvió, por su parte, á hablar de separarse de Don Fernando, y aun se mostraba lo que antes era para con él. El marqués, convencido de la existencia de una pasion desgraciada, lo compadecia, y procuraba todos los dias obtener de él alguna revelacion que veia con dolor le negaba, porque era completa su obcecacion.

— Luis, dijo un dia á su primo, ¿qué te he hecho yo, para que no me ames sino como á un amigo vulgar?.. Tú no tienes ya confianza... no tienes franqueza... Yo no sé qué te he hecho para que me trates así... ¿Es acaso el amor de Clara lo que se interpone así entre los dos?.. Pero, cuando yo amé á Clara, te lo dije al momento... y mi amor á ella no entibió mi amor á tí... ¿Qué vale esa pasion para separarnos?.. ¿Qué poder infernal te aleja de

cuanto debes amar, sin procurarte en cambio la dicha? Háblame, hermano mio... dime el nombre de esa muger... ¿Cómo puede no amarte?... Luis... ¡tú no ser amado! ¿Ama acaso á algun otro?... Respóndeme...

Don Luis hizo una señal afirmativa. En aquel momento sufría un verdadero martirio, experimentaba remordimientos que le hacían aborrecerse á sí mismo, y maldecir aquel amor que así lo separaba de su amigo y de la virtud, ¡de aquella virtud que ambos habian honrado y aprendido á venerar al mismo tiempo, mamándola con la leche.

— Fernando, dijo el infeliz echándose en los brazos de su primo, ¡soy muy desgraciado!.. lo soy... hasta el punto de desear la muerte... lo soy... ¡hasta el punto acaso de dárme!..

— ¡ Ah ! yo te he adivinado, exclamó Don Fernando. Hace muchos dias que te sigo con el interés que me inspira cuanto te concierne... y he adquirido la terrible prueba de que quieres morir... ¡ Hermano mio !.. ¡ Luis !.. ¡ mírame ! ¿ Piensas tú que una amistad como la nuestra no puede balancear, aunque sea el amor apasionado con toda su violencia ? ¡ Tú quieres morir, insensato !.. quieres morir por una muger que tiene la crueldad de insultarte diciéndote : ¡ Pues muere, que yo no te amaré jamás !.. Y ¿ quieres sacrificarme á una muger como esa ?.. ¡ á mí que te ama como á mi propio hijo !.. No, no, amigo mio ; eso no puede ser... Tú debes vivir, Luis... Escucha. Pasadas las fiestas, nos marcharemos ; tomaremos de nuevo aquella vida errante en que hallábamos tantos

hechizos... Volveremos á ver la Italia, la Francia, la Inglaterra, todos esos paises que tanto te deleitan... Tal vez encontrarás la paz en esas correrías, hechas con tu amigo... con tu mejor amigo... Y por que no lo tomes á ilusion, mira... tú no me amas á mí menos de lo que yo te amo á tí, hermano mio. El Cielo no te ha concedido una Clara para amarte... pero yo creo que te confundo con ella en mi corazon... Tú y mi hijo no me presentais mas que una persona... y me parece...

—Basta, basta, dijo Don Luis con una voz ahogada. ¡Déjame, déjame, por piedad!.. ¡Ah! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡cuánto sufro!.. déjame solo... vete... pero no... yo voy á salir, voy á tomar el aire... aqui me ahogo, ¡me muero!..

Y arrancándose de los brazos de Don

Fernando, salió precipitadamente de la habitación, y desapareció.

—A la verdad, dijo el marqués entrando en el cuarto de Doña Clara, Don Luis es muy desgraciado... ¿Qué podríamos hacer para que volviera en sí?... Clara, la voz de una muger tiene mucho poder... Háblale con dulzura... Tú sabes que ama; pero no te ha nombrado esa muger, ¿es verdad?

Clara hizo un signo negativo sin levantar la cabeza que tenia inclinada sobre su labor.

—Pues bien, esa empresa la dejo á tu cuidado. A Dios, yo voy á palacio : es necesario que consulte con el duque de Híjar, para que se admitan los menos jóvenes que sea posible en la corrida del jueves. Es locura, frenesí... Como esta es la última

vez que el rey las permite, creo que hay una especie de delirio que los tiene como hechizados. Hasta parece que quieren reemplazar á los *chulos*.

Doña Clara se quedó sola, se puso de rodillas delante de un crucifijo que habia al lado de su cama, y oró con un fervor que doblaba su inquietud personal. Conocia el fondo siniestro de aquel asunto; sabia que respiraban sangre las miradas de Don Luis, cuando caian sobre su amigo que, tan confiado como infeliz, lo apretaba contra su corazon fraternal.

— ¡Dios mio! decia en medio de sus sollozos, ¡Dios mio! ten compasion, ten misericordia de ese desgraciado; vuélvele la razon; ó sino, llámame á tí, ¡Dios mio!.. á mí, pobre muger, arrojada en este mundo, para que mi tránsito sea la

desgracia de dos seres tan buenos y tan unidos antes de conocerme... ¡O Dios mio!.. llévame contigo; ¡no me quejaré, aunque sea todavía tan joven, y que apenas haya comenzado mi jornada!

Don Luis, que buscaba el tumulto, y en él la distraccion, salió del palacio de Benavente y se dirigió hácia el Manzanares, cuyas arenosas riberas estaban cubiertas de gente. Se habia formado en su corazon una tempestad terrible, y sentia todo el poder de una de esas pasiones que solo se experimentan una vez en la vida, pero que entonces queman, destruyen, matan y aniquilan cuanto constituye la existencia. Aca-so no suele esta borrasca agitar el alma hasta muy tarde; pero entonces su violencia es mayor y mas espantosos sus efectos, pareciendo que cuanto mas tiempo ha es-

tado comprimido el rayo, tanto mas mortal es su golpe. Para saber lo que es este amor, y sus fuegos, y sus agonías, y sus delicias, y su delirio, es menester haber amado así, es menester amar de esa manera una vez; bien que solo una vez, y nada mas, se experimenta esa fiebre, en que se chocan y confunden la felicidad y el tormento, en que una sonrisa, una mirada nos abren el cielo; en que una palabra nos precipita en el infierno; fiebre, que nos aisla en medio de la multitud, que hospeda en nuestro corazon una imagen que jamás nos abandona y que nos consuela ó nos despedaza por la última mirada con que se ha separado de nosotros su original, ó que nos saluda al despertarnos por la mañana ó cierra nuestros ojos á par del sueño por la noche... ¡Ah! ¡quién no ha

amado así, no sabe lo que es amor! Hasta que se ha experimentado este dominio de cada instante, hasta que se ha pasado por esta abnegacion de toda la vida, para lo que no es ese amor, nadie puede decir con verdad : Yo he amado.

De este modo es como amaba Don Luis. El desgraciado padecia un tormento que lo conducia á la muerte, y se indignaba contra sí mismo de sentirlo.

— Pero yo soy hombre, solia decir entre sí, yo tengo una alma, tengo un corazon... Dios me los ha dado para emplearlos mejor que en una pasion loca, insensata y criminal... ¿Qué vida es la mia? ¿por qué he de arrastrar tanta miseria, tanta desesperacion?

Y lo arredraba con espanto el pensamiento que le inspiraba ese desprecio de sí mis-

mo sin aliviar el peso que lo agobiaba, al arrastrar su cadena, cadena que besaba y bendecía en medio de los anatemas de su razon.

Un dia que estaba en el teatro del Principe, vió con sorpresa á una actriz que acababa de llegar de Valencia, y probablemente salia á las tablas por primera vez: su voz tenia un halago particular para él. Al principio, la escuchaba con gusto, atribuyendo á su talento el efecto que le producía; pero no cesaba de oír alrededor suyo que era una mala cómica, y que hasta su pronunciacion era constantemente viciosa. La actriz era linda, y esa circunstancia le obtenia la indulgencia de un público, tanto mas condescendiente cuanto que la belleza es la primera de las obligaciones que exige de una muger. Pascuali-

ta tenia sobre todo mucha gracia en sus ademanes y movimientos. Don Luis la siguió en el desempeño de su papel con una atencion no interrumpida que le sorprendió á él mismo. Aun despues de salir del teatro, fué pensando en ella; pensó en ella toda la noche, y su primer pensamiento al despertarse por la mañana fué la nueva actriz valenciana. Al dia siguiente, volvió al teatro, y Pascualita representaba tambien. Don Luis se puso en el palco mas inmediato á la escena, y así pudo deslindar mejor el efecto que producía en él aquella muger; porque de repente experimentó una conmocion como eléctrica, cuya causa se la explicó á sí mismo de una manera tan delirante que se le trastornó el sentido. En efecto, encontró Don Luis en la actriz una semejanza viva con Doña Clara, que

sin duda no encontrarían los indiferentes ; pero aunque no hubiera sido posible equivocarse, y tomar á una por otra, todo el conjunto de la persona, y principalmente la mirada y la voz, la voz dulce y grave cuyos acentos iban á buscar en el corazón sus más profundas emociones, justificaban la ilusión. Ya antes de entonces había oído decir que se hallaba una cómica en Valencia que se parecía mucho á Doña Clara ; pero no podía entrar en la cabeza de Don Luis que el ángel de su culto pudiera tener la más remota semejanza con una mujer que merecía su desprecio : por eso, había permanecido sordo á cuanto oyó en este punto. Mas aquella noche, al oír á la nueva actriz, al verla andar, se penetró de una de esas impresiones que le hacen á uno creer que tiene en sí otra esencia. Su alma

se lanzaba hácia Pascualita cuando hablaba de amor; y cuando volvía los ojos, é involuntariamente los ponía en él, se trastornaba todo, y le enviaba una mirada de fuego, como si la hubiera amado con pasión.

Don Luis era un hombre interesantísimo. Sus cabellos rubios, sus ojos azules, su mirar severo como debe ser el de los hombres, y dulce como el de una muger, su sonrisa expresiva y amable al mismo tiempo y en armonía con sus ojos, su cuerpo elegante y noble talle, sus modales tan suyos y de una originalidad graciosa, en una palabra, toda su persona era notablemente agradable y debía excitar la simpatía y el cariño, sobre todo cuando él quería, porque entonces era cuando su semblante tomaba un aire irresistiblemente encantador. Si Clara había podido sus-

traerse de su influencia, era porque habia resistido con armas iguales : puesto que Don Luis y Don Fernando se asemejaban casi como dos gemelos.

Don Luis volvió algunos dias despues al teatro del Príncipe. Aquella semejanza lo atraia y lo preocupaba, haciéndole pensar varias veces en lo afortunado que seria si pudiera formar una amistad, único medio de combatir la pasion funesta que lo devoraba, y cuyos resultados debian ser fatales para todos. Sin embargo, cuando se detenia para meditar en esta resolucion con calma y madurez, se miraba á sí mismo con un alto desprecio.

— ¿En qué he venido yo á parar? se dijo un dia. El amor eleva el alma casi siempre, y yo, ¡miserable de mí! yo me envilezco... ¡ Ah ! ¡ Clara !.. ¡ Clara !

Pasó algunos dias sin ir al teatro del Príncipe, aunque sin poderse dar cuenta de su conducta. Al cabo volvió. La Valencianita representaba aquella noche en un sainete, en que salia puesta como Doña Clara cuando por las mañanas iba á pasear al Prado. Don Luis no pudo resistir, y succumbió.

— ¿No es verdad que *nuestra* Pascualita es lindísima? dijo Don Baltasar de Zuñiga, amigo de Don Luis, al reparar en que la miraba con ojos encendidos.

Don Luis no lo oia, porque se habia apoderado de él el mas extraño sentimiento, es decir, una turbacion tan profunda que no le dejaba hablar, aunque en realidad no amaba á semejante muger.

— ¿Quieres hacerme el favor de respon-

derme, Don Luis? continuó Don Baltasar.

Pascualita, á quien habia llamado la atencion la voz de Don Baltasar pronunciando su nombre, miró al palco en que estaban los dos amigos; su mirada encontró la de Don Luis clavada en ella con tal ardor, que se sonrojó é inclinó los ojos con una modestia seductora. La casualidad quiso que su papel pidiera aquella expresion precisamente cuando Don Luis la motivó. Pascualita produjo en efecto una sensacion tan general que el público la llenó de aplausos, y aumentó con ellos su rubor.

— ¡ Por nuestra señora de Atocha! que nunca la he visto tan preciosa, exclamó Don Baltasar... Mi querido Don Luis, tú eres quien produce esa alteracion... ¿Quieres que te presente?

— Qué ¿eres tú tan bien recibido en la casa? preguntó Don Luis con un movimiento de mal humor que no pudo reprimir ni menos comprender.

Don Baltasar se echó á reir.

— ¿Bien recibido en la casa? vaya, pues ya se ve. Pero tú también lo serás como yo cuando quieras... No tienes mas que querer... tú eres rico, joven, buen mozo... Pero eres rico, y eso es lo importante... ¿Cómo te han de cerrar la puerta?

Don Luis frunció las cejas.

— En efecto, dijo, quisiera ir á esa casa. ¿Quién es el sultan de esa *odalisca*?

— Nadie... por lo demas sábetete que talvez he hablado con harta ligereza; porque de hecho se ha contado mucho de ella y de sus atractivos, de su baile y de su canto, mientras ha estado en Valencia; pero nun-

ca le han dado un *dueño* en propiedad, como decimos aquí; y desde su llegada á Madrid, ninguno, excepto Don Fernando de Toledo, Don Martin de Osuna, el marqués de Riemberg, el conde de...

Don Luis se levantó con impaciencia.

— ¿Has acabado tu lista? dijo interrumpiendo á su oficioso amigo... Llévame.

Bajaron uno y otro al vestuario. Pascualita estaba recostada contra una columna de marmol, con los brazos cruzados, como solia tenerlos Doña Clara. La semejanza era todavía mas viva de cerca. Pascualita se sonrojó al ver á Don Baltasar que se aproximaba con Don Luis, y cuando este quiso tomar la palabra despues de la presentacion algo mas que militar de Don Baltasar, se quedó inmovil y turbado como delante de la primera señora de España.

Pascualita ganaba mucho cuando se le veía fuera de las tablas : su mirar tenía una gracia particular ; las pupilas de sus ojos mostraban al moverse un iris con fondo de oro, que les daba una belleza propia, y aumentaba el encanto de su juego ; la sonrisa de la Valencianita envolvía una expresión de dulzura y de chiste que no se encontraba mas que en ella ; á pesar de la irregularidad de los dientes, su boca era preciosa ; su garganta como su espalda, sus brazos, sus manos y todo su cuerpo ofrecía á la vista un dechado de perfección ; su pelo, aun en España donde lo tienen las mugeres tan hermoso, era admirable... En una palabra, Pascualita poseía cuanto enamora y apasiona ; porque al conocerla y tratarla, se veían en ella juntas la bondad y la inteligencia.

Tal era la joven que la desgracia arrojó á Don Luis como una sombra encantada de la que él amaba. Pascualita, entrada apenas en los diez y siete, y dirigida por una tia que habia fundado en ella esperanzas mas abultadas de lo que la imaginacion juvenil de la sobrina hubiera podido concebir, no alcanzaba á comprender cuanto la habia alejado del bien; y tanta era su inocencia en el seno mismo de la corrupcion, que parecia una víctima pasiva, que no sufría ni aun los desprecios del envilecimiento, porque no lo conocia. Al reparar que Don Luis la trataba con respeto, sintió que seria una felicidad para ella que todos los dias le hablara de amor; sus ojos le revelaron este pensamiento, Don Luis aceptó la revelacion, y desde aquel instante se rindió á un hechizo que lo halaga-

ba dulcemente, sin dejarle ver la causa.

Al otro dia, fué temprano á casa de Pascualita, que desde muy temprano tambien estaba preparada para recibirlo, no habiéndose olvidado la tia, por su parte, de colgarse el vestido de gala para la visita que debia esperarse, segun lo que le habia dicho Don Baltasar. Así representaba el papel del notario embutiéndose en su casaca de ceremonia para ir á celebrar un contrato. Pero Don Luis llevaba un plan en que habia estado meditando toda la noche, y que habia resuelto llevar á cabo, no solamente por el momento, sino en lo sucesivo. Apenas entró en casa de Pascualita, cuando, venciendo la repugnancia que experimentaba, llamó á parte á la vieja, y acabó en pocas palabras lo que queria tratar con ella.

— Ahora, le dijo, yo quiero saber la verdad. ¿Es sobrina tuya Pascualita? respóndeme, y trata de ser veraz, porque sino te espera el hospicio.

— Pero, señor excelentísimo...

— Yo no soy excelentísimo : ¡ea! nada de palabras inútiles. ¿Es sobrina tuya Pascualita?

— No, señor, señor excelentísimo.

— Pues bien, ve, toma esa orden para cobrar doscientos pesos en casa de mi mayordomo ; sal de esta casa, y no vuelvas á poner los pies en ella en toda tu vida.

— Pero, señor excelentísimo...

— Basta, te dijo ; sal de aquí en el término de una hora. Si Pascualita quisiese retenerte en su compañía, lo que no creo, te se avisará.

La vieja miró su libranza de doscien-

tos pesos, besó el faldon de la casaca de Don Luis, y se retiró con el mayor respeto para dejarle desembarazada la entrada del cuarto de Pascualita.

En el momento que la joven vió á Don Luis, corrió á él con los brazos abiertos, presentándole la frente para que se la besase; y despues avergonzada de aquella demostracion, retrocedió hasta su sillon y se sentó sonrojada y temblando; porque la mirada serena y fria de Don Luis la habia helado hasta el corazon.

—Pascualita, le dijo tomándole una mano, Pascualita, acabo de hacer una cosa que acaso desagradará á vm... pero era indispensable... Sobre todo, si quiere vm. que vuelva yo á verla.

—¿Pues qué, dijo la joven, no debe vm. venir todos los dias?.. ¿ser mi caba-

llero?.. ¿ir al Prado conmigo?.. ¿llevarme al teatro?.. ¿asistir al ensayo?.. en fin ¿ser enteramente mio?

Don Luis no respondió á las preguntas que la joven le hacia, aunque con sentimiento y hasta con agitacion; estaba como preocupado, y miraba maquinalmente. Pascualita, acostumbrada á homenages y a adoraciones, sintió en toda su alma aquella indiferencia.

—Pero, le dijo por fin, ¿qué será vm. para mí?

Y su gracioso rostro tenia una expresion hechicera, hablando con cierto enfado cariñoso.

—Yo seré para vm. un amigo, Pascualita, respondió Don Luis. ¿No me quiere vm. por hermano?

Tomóle otra vez la mano y atrayéndola

hacia sí, la hizo sentar en el sofá junto á él, y, mirándola con mas atencion, se quedó absorto de nuevo de su semejanza con Doña Clara. Se turbó, apretó con su mano convulsivamente la de Pascualita, y fijó en sus ojos sus encendidas miradas. La joven se conmovió con aquella terneza muda que salia del alma, sin manifestarse de otra manera sino por la elocuencia de una mirada: púsose colorada, porque la infeliz habia fijado la atencion por simpatía en Don Luis, y se habia enamorado de su noble y hermoso aspecto, contribuyendo las miradas de fuego que él le dirigia desde el palco, á donde iba todas las noches, á hacerle incurrir en un error que Don Luis acababa de mudar en certidumbre, presentándose en su casa. Así es que su extraña conducta le parecia inexplicable, y hacia sufrir á su corazon. Estaba

inquieta junto á Don Luis ; conocia que lo amaba, y sin embargo hubiera querido estar lejos de allí en aquel momento. Se le hacia penoso el estar con un hombre que hacia latir su corazon, y permanecia helado, en aquel mismo cuarto en que tantos otros le habian hablado de amor sin que quisiese escucharlos. Su antigua conducta le causaba horror : creyó que semejante recuerdo fuese la barrera que la separaba de Don Luis, de modo que cuando se habló de despedir á su tia, se apresuró á decirle :

— ¡ Ah ! ¡ haga vm. todo cuanto quiera !
¡ sea vm. aquí el dueño de todo como lo es de mí misma !

Don Luis volvió á mirarla, y, en aquel momento, su semejanza con la marquesa era extraordinaria : solo se diferenciaba en el peinado, pero el color del pelo y su abun-

dancia eran iguales. Don Luis se levantó, y, aproximándose á Pascualita le arregló él mismo los rizos negros de sus cabellos, y los colocó como los llevaba ordinariamente Doña Clara; despues tomó una guitarra, y poniéndosela en las manos, le dijo que cantara. En seguida fué á colocarse en la extremidad del cuarto, y, apoyando la cabeza entre sus manos, se dispuso á escucharla con un silencio religioso...

— ¿Qué cantaré? preguntó Pascualita.

— Lo que vm. quiera... ¿sabe vm. algunas arias italianas?

— Sí.

Pues bien, cante vm. una... sabe vm. la cantata de Metastasio con la música de Cimarosa?

— ¿Cuál?

O tu chi sa se mai.

Te soverai di me!

— Sí, ciertamente, la sé... pero es demasiado triste.

— No importa, cántela vm.

Pascualita era mala actriz, pero tenia una voz maravillosa, y cantaba con un alma y un acento que se apoderaban del corazón. Desde luego se conmovió Don Luis al escucharla; y pronto se aumentó su emoción hasta el punto de hacerle derramar lágrimas... Pascualita arrojó la guitarra, y corrió al punto á él.

— ¿Qué tiene vm.? le dijo tomándole las manos; ¿he cantado mal?

— No, no, al contrario... Déjeme vm. disfrutar el embeleso que me ha hecho vm. experimentar.

Volvió á colocar su cabeza como antes, y permaneció así silencioso por mucho tiempo. Pascualita se habia sentado en un sitial que estaba casi á los pies de Don Luis, y lo miraba con un asombro doloroso. Aquel hombre extraordinario se le presentaba como una aparicion fantástica y terrible.

Cuando Don Luis salió de su meditacion, le dirigió una mirada, y vió su rostro, siempre fresco y gracioso, cubierto de lágrimas; entonces se levantó y recorrió el cuarto con cierta especie de delirio.

— ¡Dios mio! dijo por último á la joven llegándose á ella y tomándole las manos que apretó entre las suyas. ¡Dios mio! ¿Es verdad que tú me amas, Pascualita?

Pascualita levantó hácia él sus grandes y negros ojos arrasados en lágrimas, y sonriéndose en medio de su llanto, le dijo

con una dulzura que nada tenia de artificio y una voz conmovida.

— ¡Qué! ¿no queria vm. que la amara al venir á verme?

— Hija mia, ¿tú no sabes lo que es enlazarse conmigo? ¡no sabes que no hay mas que desgracias en mi destino!

La joven lo miró con ojos espantados quedándosele las lágrimas suspendidas en los párpados.

— ¡Sí; prosiguió Don Luis, conmigo no puedes participar sino de desgracias!.. Pero no... si quieres oro, yo te daré... te daré mucho... esto te consolará de que yo no te ame... porque, mira muger, lo que es amor, yo no podré tenerte.

Pascualita creia que se habia apoderado de ella algun sueño, al escuchar aquellas extrañas palabras, pronunciadas por un hombre

que la seguía hacia un mes y le hablaba de amor con el lenguaje apasionado que mejor comprenden los Españoles, el de los ojos... y que entonces le decía : yo no puedo amarte.

Que quería pues de ella, presentándose en su morada, haciéndole mudar sus costumbres, y alejándola de aquella muger que llamaba su tia y que la vendía sin rubor. No sabía Pascualita que Don Luis no quería ver ni aun la imagen sagrada de Clara empañada por una sospecha. Aquella muger que tanto se le parecía, era necesario que no solamente tuviese sus facciones sino que fuese pura en sus acciones y en sus pensamientos, como lo era la misma Clara. La idea de una vida de prostitucion le era de tal manera odiosa, que creía tener celos de Pascualita, cuando paraba su vista en

los numerosos objetos de lujo que encerraba el aposento de la actriz. Un dia le dijo :

— ¿Pascualita es preciso mudar de casa : quieres?

— Yo quiero todo cuanto vm. quiera, ya lo sabe vm., le respondió la dulce criatura en quien el tiempo habia producido un amor profundo á un hombre que no la amaba, y que solo la veia para alimentar la loca pasion que otra muger le inspiraba.

— Pero es necesario hacer un sacrificio.

— ¿Cuál?

— Es necesario dejar aquí todos esos vasos, esas alfombras, esos bronce de Francia. Pascualita, ¿quieres?

Una triste y dulce sonrisa fué su respuesta. La inocente habia caido como una flor al soplo abrasado de una pasion que no

era correspondida ; amaba á Don Luis con un amor profundo ; lo amaba con aquella abnegacion de todas las cosas que hace que el mundo sea un desierto sin el objeto amado. Se habia dedicado enteramente á él rechazando lejos de sí todo lo que podia recordarle una vida pasada, que ella hubiera querido cercenar de su existencia. Don Luis lo veia, y comprendia cuan cruel era engañar de aquel modo el corazon de una joven tan cándida, en medio de tan malos recuerdos. Algunas veces la tomaba en sus brazos, la miraba largo rato, se embriagaba de amor con aquella ilusion terrible para ambos, y frecuentemente acababa cayendo á sus pies, bañándose los con lágrimas abrasadoras.

— ¡Perdon... perdon!.. le decia entonces, ¡O Pascualita, perdóname!

Pascualita no conocia las cosas de este mundo, sino por la vida de ilusion del teatro. Su alma era ardiente, y sus principios enteramente nulos en orden á moral; no eran malos, porque no los tenia. Hasta entonces su vida habia sido dirigida por su tia, y la habia pasado en medio de los placeres y de la corrupcion de entre-bastidores. Cuando Don Luis fué presentado en su casa, ya lo habia ella distinguido, y se tuvo por dichosa cuando pudo creer que era amada. No tardó aquel sentimiento de preferencia en convertirse en amor, el amor en pasion, y la linda Valenciana se vió sometida á uno de esos destinos que el corazon se forja en un instante, y que no acaban sino en el sepulcro.

Al mirar á Don Luis absorto en una cavilacion en que parecia trasportado á otro

mundo, Pascualita se identificaba frecuentemente con aquella tristeza tan profunda, y lloraba con su amado, sin saber por que corrian sus lágrimas; pero lo amaba, y con esto está dicho todo.

Jamás le habia dejado sospechar Don Luis por que se habia formado entre ellos tan extraña union; solo presumia ella que se parecia á una muger que él habia amado y perdido. Con este pensamiento quedaba ampliamente explicada la extraña conducta de Don Luis. Pascualita, que lo adoraba, hubiera temido despertar en él la mas ligera pena con un recuerdo, y por lo mismo, guardaba silencio, sobre todo, en los momentos en que él la colocaba en una parte oscura del aposento, y permanecia así mirándola horas enteras. La amable criatura conocia tan bien su poder con Don

Luis, en sus ratos de tristeza, que ella misma se ponía su mantilla de blonda negra, sobre su pelo que era todavía mas negro que la mantilla, y colocándose en frente de su afligido amigo, le decia solamente :

— Luis, ¿estoy bien así?

Un dia empero rugió la tempestad mas terrible y estrepitosa que nunca. Don Luis habia comido en casa del marqués. Desde sus relaciones con Pascualita, frecuentaba menos el lado de la marquesa, y sin embargo que la adoraba mas que nunca, debió hacerle creer que ya no la queria. Cuando aquel mismo dia entró en la galería en que se hallaban Don Fernando y Doña Clara, ya era algo tarde, habiéndose detenido, porque Pascualita habia querido ir al Prado.

— Te vas haciendo muy raro, Luis, le

dijo el marqués yendo hácia su primo y tomándole las manos amigablemente; pero sin que en su acento se notase nada que pareciese reconvencion. La marquesa, que trabajaba en una obra de tapicería, y tenia la cabeza inclinada sobre su labor, permaneció en silencio despues de haber contestado con una grave inclinacion al saludo de Don Luis. Don Fernando lo estuvo mirando largo rato con una expresion casi alegre, y en que sobre todo se podia notar un afecto verdaderamente tierno y amistoso, y le dijo en voz baja :

—Es una verdad ; ¿sabes que ya no te vemos con tanta frecuencia? pero yo te lo perdono, con tal que seas feliz. Permíteme una sola pregunta : ¿Lo eres tanto como mereces serlo?

Don Luis dirigió al marqués una mira-

da desacordada, y volvió luego los ojos hacia Doña Clara ; pero ella no lo vió, porque su atencion estaba demasiado embebida en su obra. La expresion de Don Luis era tan extraña, que Don Fernando casi se arrepintió de haberle hecho semejante pregunta.

— Perdóname, le dijo con cierta especie de queja, pero jamás nos hemos extrañado los dos hasta este punto. ¡ Luis ! ¿ qué demonio se ha metido entre nosotros ?

Don Luis miró otra vez á Doña Clara con ojos tan elocuentes, que era necesaria una seguridad tan profunda como la de Don Fernando, para no reparar en aquella mirada la llama que hacia caer al mismo tiempo la acusacion y el delirio sobre la que se concentraba. Pero antes hubiera creído Don Fernando en el trastorno de la

naturaleza que en la traicion de sú primo ; así es que no le ocurrió semejante idea una sola vez en el largo tiempo que separó á los dos amigos. Don Luis, bajo el peso de la desgracia que lo abatia, nada hacia que pudiese darlo á conocer ; porque sus pasos por el contrario, eran á propósito para aumentar la confianza del marqués ; pero su conducta, cuando ambos estaban con Doña Clara, hubiera debido ahuyentar con una luz terrible las tinieblas que, hacia tiempo, ocultaban á Don Fernando el verdadero estado del alma del pobre insensato. Aquel mismo dia debió haberlo visto todo, y nada vió ; antes bien, lo afectó profundamente una mirada casi rencorosa que Don Luis habia lanzado á la marquesa, y lo confirmó en el error en que estaba desde la mudanza de su primo.

Clara no lo ama, dijo para sí Don Fernando; él lo habrá notado, y esa será la primera causa de su desgracia; habrá ido á otra parte á buscar la dicha que no halla en mi casa.

Imbuido en aquel pensamiento, se alejó de Don Luis, tocó para pedir que sirviesen la comida, y, pasando por un terrado que separaba su habitacion de la de la marquesa, se inclinó hácia ella al pasar, y le dijo en tono muy bajo y rápidamente.

— Clara, hazte cargo del estado de Luis; ¿no hallarás alguna palabra de amistad que poder decir á mi amigo... á mi hermano?..

La marquesa perdió el color y reclinó la cabeza sobre la labor. Demasiado habia reparado en aquel estado de que le habla-

ba el marqués; y experimentaba remordimientos en su corazón. Pero ella misma desconocía el de su alma; no quería amar á Don Luis, y sin embargo casi sufría al pensar que aquel amor no era ya el que ella habia visto, cuando en la *peña de los enamorados* el infeliz quería la muerte ó su cariño. Habia oido hablar frecuentemente del trato de Don Luis con Pascualita; ignoraba los motivos que lo habian producido, y en su corazón femenino se percibia cierto resentimiento... Así, cuando Don Luis se acercó á ella para preguntarle como lo pasaba; en lugar de una simple respuesta, halló un recibimiento casi altanero y un tono amargo; pero, cuando al levantar los ojos á Don Luis, lo vió tan pálido y trémulo, cuando oyó dirigirle la palabra con una voz conmovida y una expresion tristísima, fla-

queó en su resolucion, y le dijo con tono mas dulce :

— ¿Por qué tantos dias de ausencia, Don Luis?.. ¿Es vm. por ventura mas feliz lejos de casa?

Don Luis la miró y se puso mas pálido ; el corazon le latia con violencia.

— Pues qué ¿ se ha apercebido vm. de que yo faltaba á la mesa de la familia? le dijo con ansiedad, porque temia la respuesta.

— Pero, respondió Clara , creo que si yo no me apercebiera, Don Fernando lo haria por mí... Sabe vm. muy bien que lo ama á vm. mas que quanto hay en el mundo, y que yo no soy mas que un afecto muy secundario, respecto del que á vm. le profesa. Por lo demas, añadió con cierta amargura, parece que es suerte mia.

Estuvo en poco que Don Luis no prorumpiese en una exclamacion ; pero se reprimió : el marqués volvia á entrar. Vinieron á anunciar que la mesa estaba cubierta, y Don Luis se aproximó á Doña Clara para ofrecerle el brazo. Temblaba con tanta violencia, que apenas pudo llegar á ella. Tambien Clara estaba conmovida. Hay siempre en la cercanía de las pasiones violentas, aunque no sean correspondidas, una atmósfera peligrosa que turba y nos pierde. Clara sentia latir su corazon á vista de aquel amor que le sometia una existencia, y la desgraciada no tenia mas fuerza que la de una muger cuando hubiera necesitado la de un angel.

En el tránsito que iban á hacer, queria hablar Don Luis ; pero la presion lenta del brazo de Clara lo turbaba y ahogaba sus

palabras. Solo en el momento de entrar en la sala de comer, dijo rápidamente á la marquesa.

—Vm. me pierde, Clara... Vm. me pierde, ó me da la vida... ¿Qué significa esa reconvencion?

La marquesa no respondió ; ya sentia lo que habia dicho. Impelida por su corazon que le habia obligado á hablar, se habia dejado arrebatarse de un impulso, que las mugeres siguen con demasiada ligereza, y que algunas veces las pierde cubriéndose con el velo de la piedad. El efecto que el impulso á que cedió la marquesa produjo en Don Luis fué mágico : en un momento se olvidó todo. Años de penas reales desaparecieron al aspecto de un porvenir engañoso de felicidad. Durante la comida, no cesó de mirar á la marquesa con ojos que le pedian

la confirmacion de aquellas palabras que abrian el cielo á sus ilusiones; pero Doña Clara, turbada, incierta y arrepentida del sentimiento que inspiraba y á que no podia sin embargo corresponder, estaba con los ojos bajos, ó evitaba el encontrarse con los de Don Luis. Después de comer, pasaron al jardin. Salia la luna y alumbraba con una luz suave los bosques deliciosos del palacio de Benavente, que, situados á las orillas del Manzanares, conservaban una frescura agradable. ¡ Cuántas veces los habian recorrido juntos Don Luis y Don Fernando en su niñez, cuando su amistad era el sentimiento mas dulce y mas exclusivo de su vida! Los recuerdos de lo pasado, por mas lejanos que fuesen, conmovian á Don Luis extraordinariamente, á causa de la delicadeza singular de su organiza-

cion, y nada de cuanto se enlaza con los afectos tiernos del alma, se habia extinguido en la suya. Se aproximó á Don Fernando, y tomándole la mano, le dijo con emocion :

— ¿Te acuerdas, Fernando, cuanta fué un dia nuestra felicidad en este jardín, y cuanta nuestra desgracia?

Fernando lo miró con ojos enternecidos, dando así á entender que no lo habia olvidado.

— Aquí, en este mismo sitio, prosiguió Don Luis, tu mamá te tenia en sus brazos, ensangrentado, herido, consternado, porque me habias defendido de aquel perro alano que habia yo atacado con un palo... Acaso me salvaste la vida... Debes tener una cicatriz... aquí... encima del ojo derecho.

Y levantándole los rizos rubios de la frente, halló Don Luis en efecto la cicatriz sobre la ceja derecha. Con aquella vista, se llenó su corazón de una emoción que no era común en él hacía muchos días; estuvo mirando algún tiempo á Don Fernando, y, derramando lágrimas, se echó en sus brazos apretándolo con fuerza contra su pecho...

— ¡Ah! exclamó Don Fernando, te vuelvo á hallar, ¡hermano mio! ¡tú eres!.. Este es mi amigo, otro yo que me hace ver que el hombre puede encontrar la dicha en una amistad pura y santa... ¡Amigo mio!.. ¡hermano mio!.. ¡Oh! dime que me amas como en aquella época de nuestra vida... cuando no disfrutábamos sino días serenos, noches pacíficas, y un sueño tan puro como nuestras acciones.

— Si, dijo Don Luis, era feliz el tiempo en que eramos buenos, tiernos, virtuosos... ¡virtuosos! Hermano mio, pues qué ¿ha de ser imposible conservar la pureza del alma en este mundo de desgracias y de vicios?

Se dió un golpe en la frente y arrojó hácia Doña Clara una de aquellas miradas casi rencorosas que habia ya dejado escapar, y que el marqués habia tomado como una prueba de encono contra Clara.

Por lo que respecta á ella, sufría un martirio entonces, porque la violencia que se imponia le ocasionaba como un vértigo infernal.

— ¡Dios mio! decia la infeliz, ¿qué ha de suceder con un destino tan funesto?.. Y yo, yo que estoy entre estos dos hombres como un maligno espíritu lanzado en me-

dio de su vida para introducir en ella la desgracia que no conocian antes de verme á mí...

La marquesa se alejó de los dos amigos y se perdió en las hermosas sombras del jardin; buscaba la paz y no hallaba por todas partes sino turbacion; preguntaba á su alma, y aquella alma en que reinaba el desorden no le respondia sino con lamentos, porque padecia; pero eran lamentos misteriosos: se veia agobiada por un dolor sin nombre; sufría y no se podia quejar; sus lágrimas volvian á caer en su corazon, y redoblaban aquella pena desconocida, haciéndola mas voraz y mas sombría.

Al reunirse Don Luis con Clara, le dijo :
— Es necesario que yo hable á vm. Don Fernando acaba de ir al palacio del rey, y yo no he querido acompañarlo, porque

quiero hablar con vm. Es indispensable que vm. me escuche y me responda.

El tono de sus palabras era despótico, y á pesar de la oscuridad de la noche, Clara debia sospechar que lo eran aun mas sus miradas.

— ¿Qué quiere vm. de mí? le dijo ella con dulzura; vm. sabe que yo no lo escucharé en este sitio, á estas horas, y sobre todo para oír palabras que ni quiero ni debo consentir.

— Y ¿quién le ha dicho á vm. que yo quiero hablar de amor? dijo Don Luis con una ironía llena de amargura; ¿quién ha dicho que yo la amo á vm.?

— Yo no he tenido nunca el orgullo de presumirlo, dijo Clara con dulzura y respondiéndole como á un insensato; pero vm. lo ha dicho, y he sufrido demasiado

tiempo la pena de que vm. me lo haya dejado ver, para no tener la dicha de creer que se haya curado de un sentimiento, que no podia producir otra cosa que la desgracia de tres personas, nacidas para amarse y hacerse mutuamente felices.

— Sí, repitió Don Luis sin escuchar á Doña Clara; sí, yo he debido hacer todo lo posible por curarme de una pasion insensata que me mataba... porque yo me moria... y me moria á veinte y ocho años, de un dolor que nada podia calmar y que enconaba la crueldad de vm... sí yo he debido curarme... Y ¿sabe vm. como he obrado?.. He hallado una joven que se parece á vm... y le he dicho que la amaba por oirle decir tambien : Luis, yo te amo... Y ella me lo ha dicho... porque, créame vm. Clara, todos los corazones no son co-

mo el de vm... todos los ojos no me ven como los de vm. con odio... con disgusto. Mi pobre Pascualita se muere de amor por mí... me ama como yo he amado á vm. ¡Y yo!... yo!..

Se contuvo. Pero era evidente que iba á decir : Y yo la aborrezco por su mismo amor ; porque cuando no se ama, no se desea ser amado.

— Pero ¿qué quiere vm. decirme con eso, Don Luis? replicó la marquesa despues de un largo silencio ; en fin ¿qué es lo que vm. quiere?

Don Luis no respondió. Caminaban por una calle de árboles muy oscura, á que la luna no prestaba sino una luz muy escasa; en aquel momento salieron de allí y se hallaron sobre el prado que estaba delante de la casa. Don Luis dirigió su vista á Doña

Clara y vió su rostro cubierto de lágrimas. A semejante vista no pudo contenerse mas tiempo, tomó la mano de la marquesa, y llevándola con violencia, la hizo entrar de nuevo en el paseo que acababan de dejar. Allí se arrojó á sus pies, los estrechó con sus manos trémulas, y lloró como un niño debil.

— ¡Clara, Clara! exclamó, ¡perdon! oh! perdon... Yo he podido decir á vm. que ya no la amaba!.. ¡Yo!... ¡Oh! ¡blasfemia, blasfemia impía! ¡yo!.. ¡O Dios mio! Si vm. supiera cuanto sufro desde que he querido imponerme ese amor por huir del que me mata... ¡Ay! ¡cómo me compadecería vm.!.. Pero, Clara, vm. me comprende, ¿es verdad? Vm. comprende como he podido huir de vm., porque vm. es de otro... porque vm. no puede... por-

que vm. no quiere ser mia... ¡nunca, nunca! ¡Ah! vm. no comprende los tormentos de una alma desesperada... y llora vm... vm. llora por mí... Y ¿á qué fin llorar por mí?... Si vm. no me ama, yo no viviré mucho tiempo... y vm. me olvidará... Si vm. me ama... ¡O poder del cielo! ¡qué destino podrá llamarse feliz en comparacion del mio! Clara, Clara, dígame vm. una sola palabra... dígame vm. una palabra con su dulce voz... pero que sea vm... si vm... esa otra muger, tambien tiene la voz de vm... ¡O Dios mio! ¡quién puede pintar los tormentos, el embeleso, el delirio que se apoderó de mi alma, cuando por primera vez me dijo : Luis, yo te amo!

Y yo, pobre iusensato, me figuraba algunas veces que era vm. en efecto la que tenia

en mis brazos... mi felicidad era entonces angélica... era demasiada, para poder soportar tanta dicha.

Clara temblaba sintiendo el contacto de las manos abrasadoras de Don Luis; faltábanle las rodillas que abrazaba; padecía una especie de vértigo. La voz de Don Luis, tan parecida también á la de Don Fernando, le recordaba las primeras palabras de amor que habian hecho palpitar su corazón; y sintió el peligro, antes de haberlo comprendido.

—Don Luis, dijo al insensato, aléjese vm. de mí... vm. es un amigo pérfido... ¡Y qué!.. ¿No bien ha dejado vm. á Don Fernando, cuando ya habla vm. de amor á la que él ama?... Por ventura ¿le ha salvado vm. la vida para deshonrarlo?

— ¡Malhayan él y su vida! exclamó Don

Luis; ¿quiere vm. hacérmelo detestar?...
¡Clara, se lo declaro á vm... con otra palabra como la que vm. acaba de pronunciar, Don Fernando caerá á los golpes de mi puñal!

Clara se asió á un arbol para apoyarse, porque se sentia desfallecer.

— Sí; yo percibo aquí, dentro de mi corazon, una voz que me dice que Don Fernando romperá mi destino, asicomo lo ha emponzoñado ya amando á vm... ¿Por qué la ha encontrado á vm. antes que yo?.. ¿por qué la ha obtenido?.. ¿por qué en fin es dichoso ese hombre, cuando yo soy tan desgraciado?.. Sí; YO LO ABORREZCO, le repito á vm.

—Don Luis, Don Luis, murmuró Doña Clara.

— Y bien, ¿qué es lo que vm. quiere

de mí?... ¿que huya de nuevo, que me aleje de vm.?... ¿No le he obedecido á vm. bastante?... ¿Qué me queda ya que hacer... morir?... pues bien, vm. quedará satisfecha.

Con esto la dejó, y á pasos precipitados atravesó la casa, y sin dejar de correr se fué á la de Pascualita. No bien llegó á ella, cuando se arrojó en un sillón y parecía que iba á caer en un deliquio. La joven se sobrecogió al verlo tan pálido y tan trastornado; se aproximó á él con timidez, porque le temia al paso que lo adoraba; le tomó las manos, se arrodilló delante de él sobre un grande cogin, y le dijo con una voz dulce é interrumpida por el llanto.

— Luis, tú padeces, amigo mio... A fe que tienes cosas particulares... No me digas nada, pero déjame cuidarte... déjame tomar tus manos y calentarlas entre las

mias... qué heladas están... y tu frente...
¡Oh! ¡cómo quema!

Y la amable Pascualita puso sus labios de rosa sobre la frente de Don Luis, cuyas venas inchadas indicaban una lucha interior, terrible y misteriosa. Al sentir aquella dulce presión y la respiración oprimida de Pascualita, no pudo dejar Don Luis de conmoverse, y la atrajo á sí suavemente.

— Tú me amas, Pascualita, le dijo apretándola contra su corazón que latía con violencia.

Ella no le dió otra respuesta que la de estrecharlo apasionadamente con una mirada en que exhalaba toda su alma.

— Sí... sí; yo sé que tú me amas, pobrecita... tu corazón es mío, tú eres enteramente mía, Pascualita... dime muchas ve-

ces que me amas... dimelo... ¡que yo lo oiga!

— Sí, Luis mio; yo te amo, yo te amo con pasión. ¡Oh! yo querría tener un trono que poner á tus pies.

La hechicera joven se arrojó á sus pies mirando á Don Luis con tanto amor que le hacia estremecerse. Pero este perdió de repente el color, se le desencajaron los ojos, la levantó con aire enojado, y, arrojándola, por decirlo así, contra el sofá :

— Aléjese vm. de mí, le gritó con una voz furiosa. ¿Qué maneras son esas? ¿Cree vm. que puedan gustarme? ¿cree vm. inspirarme amor con ellas?.. ¡O Clara, Clara! ¿es esta por ventura tu imagen?.. ¡tú, angel del cielo, angel de pureza y de suaves delicias!.. ¡tú á quien yo no me aproximo jamás sino con un santo respeto... cuya mi-

rada tranquila y tierna derrama el fuego en lo íntimo de mi alma!.. ¡O Clara! ¿eres tú acaso la que yo creía tener en mis brazos? ¡Y yo he esperado curarme así!.. ¡Qué blasfemia!.. la ira de Dios caiga sobre mí y sobre la que ha usurpado tu nombre, ¡ó Clara!

Cayó fuera de sí en un sillón, abismado con el peso de su espantosa desgracia.

— ¿Qué he hecho yo al cielo, Dios mio... qué he hecho yo al cielo para sufrir tan crueles tormentos!.. ¡Si pudiese á lo menos invocar la clemencia de Dios!..

Juntó las manos, cerró los ojos y pareció que oraba con fervor.

Pascualita habia permanecido en el sofá en que habia caído, cuando Don Luis la habia empujado, y allí estaba pálida y fria

como una hermosa estatua de marmol, sin dar otra señal de vida que una respiracion apresurada interrumpida con ahogados sollozos. Miraba á Don Luis para asegurarse si era verdaderamente el mismo, y no algun ser fantástico que, revestido de su semejanza, venia á sacarla de este mundo, lo que le hacia estremecerse y llorar. Poco á poco se fueron ordenando sus ideas, y de repente se le presentó una terrible verdad, que le explicó todo el fondo de unos misterios hasta aquel instante incomprendibles : conoció la causa de hallarse reunido tanto amor con tanto odio en el corazon del hombre que ella habia creído nada mas que extravagante. Es verdad que habia oido hablar de semejanza entre ella y la marquesa de Benavente; pero esa semejanza le importaba tan

poco, que despues de haberle preguntado un dia á Don Luis, si se parecia á la marquesa, no se ocupó mas de ella; y ni aun sabia si era cuñada ó prima de Don Luis. Aquella palabra que acababa de proferir la instruia revelándole un horrible enigma. ¡Oh! ¡cuanto sufrió la desgraciada en el momento del desengaño, que acababa de una vez con su dicha y todas sus esperanzas! Al levantar Don Luis la cabeza hácia ella, le hizo una viva impresion el cambio que habia experimentado en un cuarto de hora: su fisonomia demudada le daba el aspecto de una convaleciente. Don Luis conoció que habia ejercido un acto de crueldad. ¡Ah! ¡cuantas veces, aun en los brazos de Pascualita, habia pensado lo que acababa de decir! pero hasta entonces se habia contenido! Aquella

noche, mas violentamente conmovido que nunca, se le habia escapado el secreto fatal. ¡Qué no debia haber sufrido! Pero ¿quién puede contener la fuga de sus impresiones? No sabia lo que podia experimentar, hasta que el dolor de Pascualita aumentó las ardientes heridas de su corazon. Fuése á la joven y levantando su cabeza abatida, la llamó con una voz dulce y cariñosa : la voz era una de las seducciones de Don Luis. Tenia un metal que hacia estremecer el corazon de la que lo amaba. Al oirlo, levantó Pascualita los ojos encarnados de llorar y su rostro descompuesto.

— He sido cruel contigo, Pascualita, dijo Don Luis; perdóname... soy muy desgraciado... Y qué ¿no lo habias adivinado nunca?

Pascualita meneó la cabeça, y comenaron á correr de nuevo sus lágrimas.

— Sí, prosiguió Don Luis, soy muy desgraciado... pero yo te amo, Pascualita, te amo con ternura.

Pascualita murmuró algunas palabras confusas, pero que daban bastante á entender que no lo creia.

— Te aseguro que te amo, Pascualita. ¿Me amas tú tan tiernamente... con el mismo abandono?... El amor es un gran seductor; sin duda es la mayor de todas las seducciones. ¡Pobre niña!.. ¡tan afectuosa!.. tan rendida... tan apasionada!

La atrajo hácia sí y le besó la frente, levantando sus largas trenzas de ébano que caian desordenadamente sobre sus hombros y cuello. Pascualita sintió renacer su vida al influjo de aquellas caricias del que era

objeto de su amor ; se sonrió en medio de su llanto, y echándose en sus brazos lo apretó contra su corazón con un amor apasionado que salía del alma mas tierna y absolutamente rendida que hubiera acaso en Madrid, lugar del mundo en donde se hallan los mas perfectos corazones de mujer.

— ¡Pobre Pascualita! dijo Don Luis enjugando las lágrimas de la joven con sus besos; ¡pobre Pascualita!.. demasiado te lo decia yo el día que te ví la primera vez : mi amor no puede producir sino desgracias.

— No, dijo ella, yo no creo en esas desgracias... yo soy feliz en amarte, y el amor que te profeso no me ha hecho llorar jamás... Si lloro ahora, ya lo ves, Luis, llo-

ro por tí, por lo que tú padeces... porque, lo veo, amigo mio, eres desgraciado.

Y, acercándose á Don Luis, le cogió las manos, las apretó contra su corazon, mirándolo con tal expresion que no pudo resistir mas tiempo y prorumpió en lágrimas.

— Sí ; soy desgraciado, dijo él por fin, muy desgraciado... Pero ¿ qué puedes hacer tú en esta tormenta donde veo que debo perecer ?.. ¿ qué puedes tú contra un doble dolor ? porque yo te lo diré, con un convencimiento triste, tú tambien, pobrecita mia, tú tambien eres desgraciada.

— Yo lo venzo todo, menos el pensamiento de verte sufrir, dijo la generosa joven levantando la cabeza con una expresion divina, porque yo sé lo que es una herida en el corazon.

Y como si temiese herir con una palabra amarga, añadió en tono mas bajo :

— ¡ Lo sé por propia experiencia !

Pero Don Luis la entendió, y, acercándola á sí, la volvió á besar con extrema ternura. Aquella joven tan afectuosa y tan amante se le acababa de presentar como un angel que le alargaba la mano en su naufragio. Desde entonces empezó á comprender que la inclinacion que lo llevaba hácia Pascualita, podria tal vez convertirse en una pasion dominante; pero sin preveer los resultados, ni conocer que una pasion que lo tenia ya tres años bajo su terrible yugo, no se desvanece sino con la muerte : solo vió en aquellas impresiones del momento una senda nueva, y la siguió lleno de gozo.

— Pascualita, dijo á la joven, tú puedes

hacerme mas bien que todas las resoluciones que yo podria tomar. Tu voz, tus miradas... cuanto procede de tí llega á mi alma para calmar mis penas y hacerme menos desdichado... Y pues tú me comprendes... no te enojarás conmigo, cuando mi corazon lata mas aceleradamente á impulsos de una mirada tuya, porque es la mirada de la muger que yo amo. Tú eres noble y generosa, tú eres una muger con naturaleza de angel... tú eres... la que yo hubiera debido amar...

Pascualita se deshacia en llanto.

— Sí; el cielo nos debiera haber unido antes que mi corazon se sometiese á la dependencia de otro poder sin piedad, sin esperanza.

Y el desgraciado dejó caer la cabeza so-

bre sus manos y se hundió en un nuevo delirio que lo sacaba de esta vida.

Pascualita le dejaba ver en aquel momento hasta donde se eleva el alma de una muger de natural noble : sufría la infeliz con tanta afliccion que algunas veces le hacia temer su muerte por el exceso de un dolor, que á fuerza de ser agudo se convertia en un verdadero mal físico. Entonces se inclinaba , apretaba su corazon con sus manos heladas y trémulas, para ver si podia comprimir de aquella manera una pena que la despedazaba, poniéndola en la agonía. No solamente no era amada la pobre Pascualita, ¡Pascualita, cuyo afecto era una profunda pasion ! sino que le era preciso dulcificar las penas causadas por su rival ; y no solamente veía ya cambiada su suerte, sino que ni aun le quedaba el con-

suelo de la esperanza. Aquella palabra de revelacion arrojada entre ella y Don Luis era de un agüero siniestro, y reclamaba tambien confianza, exigiendo por cada lágrima un suspiro. Pascualita veia todo aquel porvenir, y su corazon se estremecia á tan horroroso aspecto; pero no se arredró la generosa víctima por lo que le amagaba : aceptó toda la desgracia dulcificada al punto con la sublime idea, de que podia por sí misma calmar las penas del hombre á quien amaba.

La noche habia sorprendido á los dos embebidos en aquellas reflexiones ; el aposento estaba oscuro, y la luna en su primer cuarto apenas lo aclaraba con una luz incierta. Pascualita distinguió sin embargo á Don Luis que estaba rezando con un fervor que la enterneció ; se levantó suave-

mente, y yendo á arrodillarse con el mayor silencio junto á él, se puso á orar al lado del infeliz. Cuando acabó su oracion, se metió Don Luis el rosario en el pecho, y tomando á Pascualita en sus brazos, la besó con un afecto tal que hubiera podido degenerar en engaño, si su cruel franqueza no hubiera desvanecido todos los motivos de error.

— Tú eres una joven buena y generosa, Pascualita mia : ahora escúchame, le dijo Don Luis, es necesario que me prometas una cosa que te voy á pedir.

Pascualita se le sonrió cariñosamente, lo que equivalia á una respuesta.

— Mañana, prosiguió Don Luis, debo torear y quiero que me encomiendes á Dios, durante la corrida.

Pascualita prorumpió en un terrible grito.

— ¿A qué ese horror? dijo Don Luis... ¿qué temes por mí?

— ¡Oh! ¡lo temo TODO!.. ¡Luis!.. Luis!.. yo te lo suplico, renuncia á semejante proyecto!

— Ni puedo, ni quiero. Mis lacayos tienen ya la orden... mis caballos estan dispuestos... Laureano ha consentido en cederme el suyo... Yo tendré los mejores chulos de Madrid y aun de Andalucía; porque para esta fiesta, que es la de la coronacion del rey, los hombres mas hábiles y nombrados de España se encuentran en Madrid en este momento.

Pascualita lo miraba pálida é inmovil.

— Pero, dijo por fin, ¿á qué viene el torear?... ¡qué pensamiento tan extraño!

— Al contrario, es muy sencillo, hija mia; tú eres demasiado joven para haber visto combatir á nuestra nobleza en una fiesta real; pero el uso nos permite entrar ese dia en la arena... Yo me aprovecharé de la licencia para exponerme á un peligro á su vista... pero ¡qué! ¿no me comprendes?

Pascualita cayó casi muerta de dolor en el cogin que se hallaba á los pies de Don Luis.

— ¡Por Dios! ¡por Dios!.. murmuró la pobre joven. Don Luis la levantó no sin remordimientos; conocia la dureza de su conducta y no podia reprimirla. Frecuentemente formaba la resolucion de amar á una muger tan afectuosa y tan tierna, lloraba con ella, participaba de sus penas; y despues, cuando volvia á ver, aun de

pensamiento, á Doña Clara, con aquella superioridad tan positiva que obligaba á que la amasen, cuando escuchaba su nombre en todas partes, cuando oía proclamarla como la mas digna de ser querida... entonces se rendia de nuevo á su cadena, y Pascualita quedaba olvidada en su oscura inferioridad. La desgraciada no tenia otro mérito que su amor y su semejanza con una rival que triunfaba aun por aquella misma semejanza, en que todas las comparaciones estaban en favor suyo... ¡Oh! ¡cómo sufría Pascualita en el momento cruel en que supo que Don Luis iba á exponerse á un peligro mortal, por procurarse una mirada de aquella muger que desechaba su amor! a lo menos, así lo debia creer Pascualita, y tambien Don Luis lo creia

— Y ¿lo sabe Clara? preguntó por fin Pascualita con una voz apagada.

— ¡Clara! exclamó Don Luis, ¡Doña Clara!.. Pascualita... yo le prohibo á vm., oye vm., yo le prohibo á vm. el que pronuncie jamás el nombre de Doña Clara de esa manera... ¿Lo ha entendido vm.?

Pascualita no pudo responder; esas palabras eran demasiado ásperas. Estaba envuelta en ellas no tanto la pasión desordenada que hace prorumpir en dieterios y ofensas contra el corazón que no se ama, cuanto una frialdad amarga y despreciadora que hirió el de Pascualita y le volvió por un momento su propia dignidad.

— Don Luis, le dijo levantándose del suelo en que estaba postrada, mi boca puede pronunciar el nombre de la muger que vm. ama; bien ve vm. que he adqui-

rido ese derecho tal vez á costa de mi vida.

Don Luis se dió un golpe en la frente.

— ¡Perdon! le dijo, ¡perdon! no sé donde tengo la cabeza... perdóname, Pascualita... ¡tú eres un angel!.. ¡Oh!.. ¡perdóname! . yo soy un espíritu infernal que martiriza tu vida... ¡Esa vida, que no debia ser sino una serie de dias floridos y alegres, y que yo he convertido en una existencia amarga, y en dias de desgracia!.. ¡Oh! tú no puedes perdonarme, ¿no es verdad?

Don Luis se arrojó á los pies de Pascualita y le pidió perdon con un acento que salia del corazon y hacia palpitar el de la desgraciada joven.

— No hables de perdon, Luis mio, le dijo pasando su blanca mano por los rizos rubios de Don Luis; no hables jamás de semejantes agravios... la falta es mia...

Pero, ¡ay!.. y, como si se hubiera ofrecido á su imaginacion algun recuerdo doloroso, se quedó demudada, y despues añadió.

—Pero, amigo mio, el amor que te profesó ha renovado mi vida... y mis labios han sido purificados por los tuyos.

Aquellas pocas palabras contenian una reconvencion dulce y digna que penetró hasta el corazon á Don Luis.

— Yo no puedo hacer otra cosa que implorar tu perdon, repitió Don Luis. ¿No quieres decirme, Pascualita, si me encomendarás á Dios mañana?

La pregunta de Don Luis le recordó el sentimiento de inquietud de que la habia distraido otra impresion mas fuerte : los zelos de una rival amada.

— ¿Es posible que quieras torear mañana en la Plaza Mayor? le dijo.

— Estoy resuelto á ello.

— Y qué exiges de mí.

— Tus oraciones durante la corrida... y ademas tu presencia... Yo querria que tú estuvieses allí mientras yo toreará... eso aumentaria mi valor.

— Pero qué ¿no irá ella á la corrida? preguntó Pascualita en tono bajo.

— Irá con la reina como dama de palacio, dijo Don Luis casi avergonzado de sí mismo.

— Y ¿quieres que yo tambien vaya?

— Te lo ruego encarecidamente.

— Pues bien, dijo Pascualita con una sonrisa triste y dulce al mismo tiempo, allí estaré yo, amigo mio... tú tambien me verás allí... tú me verás como un espejo que refleja su imagen... ¡Ay! ¡yo no soy para

tí mas que una cosa tan fugitiva!.. ¡tan fragil!..

— Pero ¿irás?... ¿de cierto?..

— Allí estaré... te lo juro... ¡Allí estaré!

Fué tal la expresion que comunicó Pascualita á esta última palabra cuando la repitió, que hubiera debido llamar la atencion de Don Luis; pero estaba tan preocupado, que solo una idea lo dominaba. Así es que en la asercion de Pascualita solo encontró la seguridad de verla al dia siguiente en uno de los balcones de la Plaza Mayor, le dió las gracias, besándole la frente como á una hermana, y se retiró á fin de disponerlo todo para su grande empresa del dia siguiente. Habia en ella mayor peligro que en un duelo; y casi siempre la sangre vertida en tales lances era preciosa, desde que la nobleza habia

perdido la noble costumbre de arrostrar sus peligros y buscar sus azares, y que solo se exponia á ellos tan de tarde en tarde que carecia de destreza y ó no conocia los riesgos ó no sabia evitarlos. No se ocultaba eso á Don Luis; pero tenia valor, agilidad, y ademas un deseo de morir que debia servirle de escudo.

Cuando salió del cuarto de Pascualita, la pobre se puso de rodillas y rogó á Dios con un fervor propio de una joven Española enamorada; sufría profundamente, y no acertaba á tomar ningun partido que pudiese calmar su dolor. Le ocurrió por fin una resolucion que se propuso seguir. Una vez tomada, se quedó Pascualita mas tranquila, pero no mas contenta: la dicha habia abandonado su destino, ¡y aun no tenia diez y seis años! ¡Pobre Pascualita!

Las fiestas reales (asi se llamaban las fiestas que se daban por el rey á la villa de Madrid ó por la villa al rey), se verificaban ordinariamente en la época de la coronacion ó del bautizo de un infante. Aquellas eran en celebridad del matrimonio del príncipe de Asturias y de la princesa de Nápoles. Carlos IV era apasionado á esa diversion salvage y aun feroz, que prueba en los Españoles su origen mezclado de Berberiscos y Romanos. Cuando era príncipe de Asturias, no podia entregarse á ella tanto como hubiera querido; pero, desde el momento que fué rey la disfrutó ampliamente. Se complacia en que los nobles españoles lidiassen en la plaza; en su concepto semejante ensayo daba valor á la juventud, y la hacia apta para las armas. Yo ignoro hasta que punto sea eso cierto; pero sé que el

tiempo en que los Españoles eran *caballesc*os y *caballeros*, ha sido la mas hermosa época de su historia. Don Luis, cuyos antepasados habian sido ilustres apoyos de la corona de Castilla, fué muy bien acogido cuando se presentó á lidiar, ofreciendo una imagen aunque debil de la valentía castellana; y cuando el rey supo, en la misma mañana de la fiesta, que debia torear Don Luis de Benavente, quedó tan contento, que le envió una hermosísima espada y cien banderillas adornadas, segun se le hizo saber, por la mano de la reina, lo cual se tenia por un favor muy singular. Bajo el reinado de Carlos III y el ministerio de Florida Blanca habian sido prohibidas las corridas de toros; se habia permitido solamente una parodia de las grandes embestidas bajo el nombre de fies-

tas de Novillos. Eran toros de pocos años que apenas tenían cuernos y que se ensayaban contra aficionados tan poco diestros como poco feroces los animales. El príncipe y la princesa de Asturias que no querían chocar con los deseos del rey padre, asistían á las fiestas de Novillos, dando á entender con aquel modo de conducirse que halagaba el capricho del pueblo, que, cuando el rey padre estuviese en el Panteon se permitirían de nuevo las fiestas de toros. Al recibir las banderillas podía en efecto creer muy bien Don Luis que la misma reina había trabajado en adornarlas con mil cintillas de color, que son el engalanamiento frecuente de tales armas, pues era esta la diversion de muchas señoras por las noches.

Existe en la villa de Madrid una plaza

destinada á las fiestas reales que llaman la Plaza Mayor. En otro tiempo ha tenido grande reputacion , pero ha debido perderla á medida que la arquitectura ha hecho progresos en Europa. Es mas larga que ancha, y sin embargo cuadrilonga ; está cerrada y se parece bastante á la Plaza Real de Paris, con la diferencia que aquella está rodeada de mas hermosas casas con cinco pisos, un torreon en cada esquina, y balcones ó balaustradas doradas con grandes puertas de cristales. Colgaduras de terciopelo con franjas de oro adornan el dia de la fiesta los balcones y ventanas de la plaza. Los grandes de España y títulos de Castilla tienen un dosel como señal de su poder, ó, para hablar con mas exactitud, de su rango ; porque la nobleza de España no puede lisongearse mucho de sus privile-

gios. En ninguna parte de Europa está tan *enfrenada*, si es permitido servirse de esta palabra, y lo está tanto mas cuanto que en medio de su sumision, no tiene como en Rusia la facultad del asesinato.

Se adornaron muy ricamente los balcones de la Plaza-Mayor. El balcon del rey, magníficamente colgado, estaba como siempre, en frente del destinado para el cuerpo diplomático, es decir para los embajadores, que tienen asiento en la capilla cuando el rey concurre á ella; estos eran el embajador de Francia, los de Austria, de Portugal, el nuncio y los ministros de Saboya, de Venecia, de Génova, de Malta, en fin todos los que pertenecen á un pais católico, apostólico romano. El piso de la plaza, cubierto de una arena fina y blanca, estaba rodeado de una barrera de la altura de un

hombre poco mas ó menos, sobre la cual estaban pintadas con colores vivos las armas del rey de España y las de sus reinos de Europa. A la derecha del rey estaban los consejos de Castilla y de Aragon, el de la inquisicion y el de las Indias. Eran reconocidos por sus armas bordadas de oro en colgaduras de terciopelo carmesí. En seguida tenian asiento el ayuntamiento en cuerpo, los magistrados, los grandes de España y los títulos, cada uno conforme á su rango, en los balcones que les habian arrendado los propietarios de las casas de la Plaza-Mayor para aquella sola corrida, cuyo gasto era por cuenta del rey.

El tiempo era soberbio hácia fines del verano : templaba el calor el viento del este, esparciendo la frescura suave de Guadarrama y Somosierra. El cielo estaba despe-

jado, y dos mil mugeres, ataviadas con el traje pintoresco y gracioso del pais, agitaban en los balcones ricas bandas de todos colores; sus delicadas manos jugaban con brillantes abanicos y relumbraban cubiertas de pedrería al arreglar con gracia y desviar de la cara la mantilla de blonda negra que la envuelve ligeramente como en un enrejado. Detrás de ellas estaban los hombres vestidos de uniformes ó de casacas de corte, cargados de bordaduras de oro, el pecho cubierto de cintas anchas de colores distintos, con cruces y veneras de pedrería centelleando; y con plumeros ondeantes y pomposos penachos. Por todas partes se veian señales de lujo y de alegría, por todas partes se notaba el contento, por todas partes en fin se respiraba un aire embriagador que inspiraba el abandono y el

placer : era una *bacanal* cristiana con los mismos elementos de placer de las fiestas gentílicas, pero con cierto pudor y decencia que doblaban el deleite.

Cuando se colocaron las mugeres y la multitud tomó asiento en aquel inmenso recinto, entró la magnífica compañía de alabarderos, que se colocó alrededor de la valla interior, sin mas defensa que su alabarda contra el furioso animal que puede precipitarse contra ellos, cuando el matador y aun los chulos frustran su cólera impotente. Detrás de aquel recinto (que se puede llamar barrera viviente), habia tablados para el pueblo, porque los balcones son muy caros; pero debajo del palco del rey no hay nadie mas que sus guardias de corps. Se habian reservado tres puertas en el cerco exterior, para que

pudiesen pasar por ellas los coches : derecho antiguo de los embajadores que tienen asiento en la capilla. Pocas veces dejaban de aprovecharse de él, y consistia en entrar en la plaza con sus carrozas y dar muchas vueltas por ella antes que llegase el rey. Los caballeros de distincion van á caballo, y saludan á las mugeres de su conocimiento, que están en los balcones; la mayor parte de ellas no tenian las mantillas puestas. Esto se entiende de las mugeres de alta distincion, porque las de una nobleza ordinaria, y menos todavía las de la clase media de Madrid, no se hubieran atrevido á presentarse en medio del dia sin mantilla. Las mugeres estaban gozosas de dejarse ver con todo el resplandor de su hermosura y su adorno. La reina, que entonces era joven y verdaderamente hermosa,

produjo una grande sensacion cuando llegó al balcon real y saludó á la multitud, amante entusiasta de sus reyes. Estaba, por decirlo así, engastada en piedras preciosas; su vestido, de sarga de Valencia, era de color de oro y bordado de perlas y diamantes; llevaba en la cabeza un sombrero de terciopelo negro que tenia la copa baja y el ala de un dedo ribeteada con una cinta de diamantes, pendia sobre su frente la famosa perla llamada *la peregrina*; Maria-Luisa, tenia unos brazos admirablemente hermosos, y los llevaba desnudos, conforme á la etiqueta de la corte española, y cubiertos de brazaletes de diamantes y de rubies, como tambien de hilos de perlas de las mas bellas aguas. La reina de España estaba muy hermosa en aquella época, y, cuando se presentó adornada así y salu-

dando graciosamente á la inmensa muchedumbre que llenaba el recinto, aquella multitud embriagada de entusiasmo, repito, correspondió á su saludo con aclamaciones y gritos de amor. Parecia que subia al cielo una sola voz. ¡Quién hubiera dicho entonces que ese mismo pueblo, veinte años mas tarde, prorumpiria en gritos de rabia, para que Carlos IV, el mejor de los príncipes, bajase de su trono y lo cediera á un hijo rebelde y desnaturalizado! Detrás de la reina habia una joven que llevaba tambien tras sí todas las miradas, y merecia en efecto la admiracion que excitaba, esta era Doña Clara. Se hallaba de servicio aquel dia, y, á pesar de su aversion á las corridas de toros, se habia visto precisada á asistir á ella. Don Fernando estaba con el rey á quien servia igualmente como gen-

tilhombre de cámara. Estaba admirado de no ver á Don Luis, porque conocia su afición á aquella clase de fiestas. En la costa de Africa habia combatido en una ocasion con un tigre, y habia aventurado su vida que tenia, segun él mismo, un placer bárbaro en arriesgar de esa manera. Ya entonces estaba irritado contra la suerte y la acusaba de injusta. — ¿De quién soy yo amado? se preguntaba.

La hermosura de la marquesa embelesaba. La melancolía que parecia cubrir sus facciones hacia algunos meses, daba á su fisonomía, naturalmente expresiva, un atractivo hechicero casi desconocido en España. Pálida y sin embargo animada y hermosa en su misma palidez como las jóvenes andaluzas, tenia Doña Clara un peinado gracioso y enteramente original que le daba un

nuevo encanto; sus cabellos negros y lustrosos, suaves y flexibles como la seda, se agrupaban en gruesos bucles alrededor de su cuello y de su blanca y pulida frente; perlas admirables por su brillo y su rotundidad, formaban grandes nudos para sostener sus trenzas; las llevaba tambien alrededor del cuello, en las orejas y en los brazos, que se veia precisada á tener sin guantes como las demas señoras de la corte. Su vestido que era de sarga de Valencia, representaba ramilletes de rosas enlazados con plata en un fondo azul celeste delicadísimo. Llevaba una mantilla de blonda blanca mas bien que en la cabeza sobre los hombros, y parecia que formaba como una nube en torno de ella. El conjunto de aquella muger joven, graciosa, linda y tan bien prendida, excitó señales nada equívocas de

admiracion que hicieron sonrosarse á Doña Clara y palpar el corazon del marqués. Fijó sus ojos en su muger y le manifestó con ellos el ardor con que la amaba. La marquesa se ruborizó y bajó los suyos con cierta confusion; ¡percibia dentro de sí misma un sentimiento que le revelaba una culpa, aunque se hallaba inocente! Pero la pena que experimentaba tenia una voz siniestra, y le hablaba con tono amenazador.

Cuando se colocaron el rey, la reina y la familia real, se distribuyeron canastillos de abanicos, de guantes, de cintas, de medias de seda y de ligas; todo á nombre del rey. Al tiempo de hacerse esta distribucion se repartian tambien dulces secos, pasteles, frutas y aguas heladas. En semejantes dias era cuando la corte de España recordaba

sus mas hermosos tiempos ; y luego, cumplidas ya todas las ceremonias que prescribe la etiqueta, se dió la señal de la fiesta ; siendo el mismo rey el que con la mano , dió orden de comenzar . Entonces principió la casa real el servicio que le correspondia durante las fiestas ; tos guardias de la compañía flamenca , los de la compañía española se colocaron debajo del balcon del rey, mientras que las otras dos, con sus capitanes y tenientes á la cabeza, dieron muchas vueltas por la plaza, llevando detras un lujo de libreas sorprendente. Los hombres mas elegantes de Madrid , aquellos cuyo nacimiento y fortuna los constituyen en el primer rango, se presentan en esa ocasion con todo su esplendor ; montan los caballos mas hermosos que puede producir la Andalucia. Las cines y cola de los soberbios

minimales van trenzadas con cintas de oro y plata mezcladas con las del color favorito de la muger que adoran sus dueños. Las trenzas caian en largos y pomposos moños hasta el suelo, cuando el caballo, comprimido por el talon y la rodilla de su dueño, se encorbaba y hacia casi una genuflexion delante del balcon donde se hallaba la dama á quien este servia. El mismo dueño se viste del color favorito que ha adoptado por suyo, pero que solo se atreve á presentar al público en estas solemnidades. Se echa de ver en todo aquel movimiento, en aquella galanteria, un amor caballeresco que recuerda los hermosos tiempos de Castilla, en esta parodia de una cosa grande se trasluce la apariencia de una verdad que arrebatava y seduce.

En el momento en que las tropas, man-

dadas por el duque de Híjar, pasaron por debajo del balcón de la reina, levantó un hombre la cabeza, y su mirada prolongada se dirigió en busca de la de Doña Clara : aquel hombre era Don Luis. No pudo ella contener un grito, que trató de reprimir sin embargo apenas sus labios lo habían dejado escapar : Don Luis empero lo percibió, y al ver la palidez de Clara, adivinó lo demás y al punto dijo entre sí :

— ¡Ya no quiero morir!

También el marqués había reconocido á Don Luis, y su vista lo había llenado no solamente de sorpresa sino de cierto terror. Siempre ofrecían peligro las corridas de toros de las fiestas reales : en Lisboa acababa de suceder un desastre horroroso. El joven conde de los Arcos, hijo del caballero mayor de Portugal, lidiaba en una cor-

rida de toros menos peligrosa aun que en Madrid, porque en Lisboa se hacen con toros embolados, y en Madrid á cuerno limpio. Lidiaba, como se ha dicho, el conde de los Arcos, y habia muerto ya un toro. En el momento en que iba á salir el segundo del toril, el conde se aproximó al balcon del rey que le estaba hablando; el toro cayó al punto sobre él y lo mató. Semejante acontecimiento aterrorizó á todas las damas que hasta entonces habian exigido de sus amantes que toreasen en su obsequio. Viendo á Don Luis en aquella arena que tal vez iba á regar con su sangre, se trastornó Doña Clara, y se preguntó por qué razon iba á arrojarse así Don Luis á un peligro de muerte. ¡Gran Dios! ¿si será la causa de esa resolucion tan insensata ese amor, esa funesta pasion que lo domina?

Clara se lo pregunta á sí misma; y como, en aquel interrogatorio, sufre su corazón al responderle, gime, pero contiene sus lágrimas aunque su corazón está despedazado.

— En verdad, dijo la reina, que es un singular capricho. ¿Lo sabias, Doña Clara?

La marquesa se inclinó y respondió con voz casi ininteligible :

— No, señora.

— Es bien extraño ; Yo creo que se ha vuelto loco Don Luis!.. ¿No te parece?

Quiso Clara sonreirse, y las lágrimas cayeron á su pesar por sus mejillas; se inclinó como para mirar á la plaza y se abanicó fuertemente para ocultar con su abanico el sonrosado de sus mejillas.

— ¡ Ya! dijo para sí Maria-Luisa.

La reina era experta en la materia, y por lo mismo dejó ir su pensamiento mucho mas lejos de lo que debiera : su imaginacion viva y desarreglada concibió lo que no habia, y no pensó lo que realmente existia, que era un sentimiento combatido que podia acarrear la muerte.

Al punto sonaron las trompetas; entraron los alguaciles en el cerco con sus caballos aderezados á la gineta, llevando el antiguo traje castellano con su capa corta y plumas flotantes en el sombrero, y levantando los seis sus varas blancas ; despues á cierta señal del rey, fueron dos de ellos debajo de su balcón é hicieron una profunda reverencia. El rey llamó entonces al capitán de guardias de servicio, y le entregó una llave, que era la del toril. El rey la guardó á lo menos se supone que la guarda, y no

la da hasta el momento de comenzar la corrida, á su primer ministro ó al que aquel designa. Entonces aunque tenia un privado tan favorecido como lo habian sido los de los dos Felipes, no fué este quien en aquel dia recibió la llave del toril. En el momento en que el rey entregó la llave, se oyó retumbar en la Plaza-Mayor un ruido estrepitoso de timbales, trompetas y clarines; los toros correspondieron, desde adentro del toril, con espantosos bramidos que debian hacer perder el color á los que iban á ponérseles en frente. El pueblo, contándose dichoso con la idea de que la fiesta seria sangrienta, les volvió el saludo con tal gritería, palmoteos y patadas que se estremecía la plaza. Clara tembló de horror y cerró los ojos, porque oyó á la reina exclamar con júbilo :

— ¡Ea! ya se abre la puerta.

Habia en aquel momento en el circo una multitud compuesta de los que habian de torear y de los que los seguian, cargados de repullos, es decir de esas pequeñas saetas de madera blanca que se quebrantan fácilmente, las cuales se arrojan al toro mas bien para probar la destreza del que lidia que para hacer daño al animal. Sin embargo, esas saetas le producen bastante dolor, para exaltarlo violentamente, que es el objeto del toreador.

Don Luis estaba á caballo : llevaba un vestido de terciopelo negro bordado de seda tambien negra y guarnecido de botones de diamantes; su sombrero á la madrileña era del mismo color, sostenido con un broche de diamantes y adornado con una pluma blanca admirablemente hermosa.

Sus cabellos rubios salian á gruesos rizos por debajo de su redecilla negra y le formaban un peinado gracioso que pegaban bien á su cara un poco larga, pero expresiva y melancólica, y que manifestaba un corazón noble y generoso y una alma de fuego.

A él le tocaba picar primero : así lo habia dispuesto la suerte y le habia destinado tambien el toro mas terrible de cuantos se habian encerrado en el toril. Era diestro y de continuo fué vivamente aplaudido por el pueblo que estaba encantado de ver á uno de sus nobles tomar parte en sus juegos predilectos. Muchas veces habia herido Don Luis el animal, que, bramando de rabia se habia precipitado contra su enemigo con tal furia que hacia latir el corazón de Doña Clara y la dejaba pálida y moribun-

da ; pero el caballo que montaba Don Luis era el mas ligero y amaestrado de Andalucia, parecia burlarse de los impotentes esfuerzos del toro, y, marchando con la rapidez de una flecha, se ponía en la extremidad de la plaza antes que el terrible animal hubiese levantado la cabeza, haciendo saltar el polvo con sus resoplidos. Por último la fiesta con que tanto se divertia el pueblo llegó á fastidiar á uno de los actores de aquel drama que debia parar en sangre y muerte. El toro se puso furioso, daba bramidos primero muy agudos y luego ahogados, se hallaba en el mas terrible paroxismo de cólera. Un perro que se habia escapado á pesar de los esfuerzos de los chulos, llegó por su desgracia á meterse entre sus pies; el toro lo agarró con una de sus astas y lo arrojó á mas de cincuenta

pies de altura : el pobre animal cayó mutilado y sin vida. Excitado el toro por aquella primera victoria, tomó carrera, y fué corriendo á buscar al que hacia una hora derramaba su sangre con los golpes repetidos de su garrocha y de las banderillas que le ponian los chulos. Reinó entonces un silencio de siniestro agüero ; previeron todos que el desenlace que iba á seguir aquella escena de placer seria de muerte, y el corazon les latia á todos con cierta angustia , porque no hay necesidad de suponer allí al hombre mas malo de lo que en sí es, y nunca deja de sufrir á vista de la muerte.

Desde que Don Luis se habia presentado en la plaza, habia mostrado siempre la presencia de ánimo propia de un hombre denodado ; habia lidiado como debia, pero

era claro que queria defender su vida ; así es que cuando el toro le acometió con nueva furia, comprendió que no estaba comprometida sola su existencia : lo comprendió, y sin embargo voz ninguna le habia hablado, voz ninguna le habia dicho :

— Luis, vive por mí.

Pero al pasar rápidamente por el balcon real, habia levantado los ojos, y el cielo se le habia abierto de par en par con la mirada que Clara le habia dirigido. ¡ Cuántas cosas puede decir una sola mirada ! Don Luis tradujo la de Clara sin temor de equivocarse : el corazon no se equivoca cuando traduce el corazon.

Don Luis sintió entonces la absoluta necesidad de acabar una lucha que se hacia ya cruel tanto para él como para Clara, que no dejaba de sufrir. ¡ Clara ! ¡ Clara sufrir

por él! ¡Oh! al contemplarlo, no era la vida ni el amor sino un delirio insensato lo que se apoderaba de Don Luis y lo guiaba en medio de la muerte y de los peligros de una lucha furiosa con un animal que deseaba arrancarle la vida.

Sacó su espada, hizo señal á su gentil-hombre que tuviese dispuesta la pica, y, arrojándose sobre el toro, le dió una estocada que debia haber sido mortal *; pero la espada tropezó con el hueso de la clavícula y se hizo mil pedazos. Se oyó entonces un solo grito formado por diez mil voces, al cual sucedió un silencio mortal. El toro, que habia sido herido del primer golpe, mas furioso todavía por aquel nuevo ata-

* Los lectores verán que en la descripción de la autora hay mucha parte que, por lo menos ahora, se tomara por fantástica. El trage y la manera de matar á caballo son cosas que no conocian ya los toreros de España en esa época.

que, bramó de rabia, y, retirándose unos pasos, acometió á Don Luis con tal rapidez, que no le dejó tiempo para tomar la pica que tenia su gentilhombre. El toro se tiró sobre él, y, de una cornada le abrió un hjar al caballo, dando un mugido en señal de victoria. El noble animal vaciló un momento, y luego cayó en medio del mar de sangre que la ancha herida brotaba. Don Luis á quien el caballo habia cogido debajo la pierna derecha, iba á recibir la segunda embestida, porque todo esto ocurría en menos tiempo del que á mí me cuesta el contarlo, cuando de repente alejó el peligro una singular distraccion.

Desde el principio de la lid, se habia podido notar un chulo que habia mostrado una presencia de ánimo extraordinaria; parecia joven y ostentaba mucho valor,

pero poca destreza para poner banderillas. No se apartaba del lado de Don Luis y se hallaba siempre junto á él en los momentos del peligro ; le daba su rejon, lo seguia y parecia resuelto á desafiar al terrible animal. De repente, en el momento en que Don Luis quedó debajo de su caballo, el joven fué volando junto á él, y, soltándose la faja encarnada que llevaba rodeada á la cintura, la hizo revolotear á los ojos del toro. Se excitó aun mas la furia del animal por aquel color aborrecido ; abandonó á su primer enemigo y se arrojó al que tenia el atrevimiento de provocarlo. Entonces se ofreció á la vista de los espectadores un espectáculo tan sorprendente como patético. Viendo el joven el toro correr hácia él envuelto en la nube de humo que despedian sus narices abrasadas, al mismo tiempo

que sus pies, maltratando el suelo, hacian volar á su alrededor torbellinos de polvo, se sobrecogió súbitamente de un terror tan profundo, que se quedó como clavado á la tierra y esperó la muerte, pálido é inmóvil. El toro le acometió, lo derribó de una cornada en el costado, y prosiguió su carrera dando un bramido terrible. Don Luis que se habia levantado con la asistencia de sus criados, lo esperó á la vuelta del circo, y, queriendo vengar al infeliz que se habia sacrificado por él, hirió al toro entre las pletillas con una estocada tan bien dada que la fiera cayó de rodillas, inclinando al momento la cabeza. En todos los ángulos de la plaza resonó un grito de triunfo que saludó á Don Luis. El pueblo, idólatra de ese espectáculo bárbaro, se extasia cuando uno de sus próceres sale victorioso en la liza en

que acostumbra él luchar. Aun los mismos toreros de oficio quedaron pasmados de una estocada tan bien dirigida, y se fueron hácia el toro para darle el golpe de gracia; pero Don Luis gritó : ¡déjalo! déjalo! En efecto el animal levantó segunda vez la cabeza, dió el último bramido, y espiró. Volviéndose Don Luis entonces hácia el palco del rey, le hizo una cortesía profunda para rendirle el homenaje de su victoria; pero cuando desempeñaba el mismo deber delante del balcon de la reina, era facil observar que sus ojos buscaban otra mirada que la de la soberana. La encontró seguramente, porque su rostro pálido de continuo se cubrió de un vivo sonrosado, y sus ojos brillaron con una dulce alegría. Aquel momento fué tan rápido, que nadie lo pudo notar, excepto sin embargo la reina

que habia hecho ya sus observaciones desde el principio de la corrida.

Cuando Don Luis hubo cumplido sus deberes de cortesano, pensó en desempeñar el de un reconocimiento que debia en efecto ser grande : porque el joven que se habia dejado atropellar por el toro le habia salvado la vida. El desgraciado se hallaba entonces en la extremidad de la plaza entre los brazos de muchos de sus camaradas. El sacerdote que siempre asiste á aquellas fiestas crueles, habia salido de la garita en que suele estar, para administrar los socorros de la religion al joven banderillero.

— ¿Pues qué? ¿tan malo está? exclamó Don Luis adelantándose con paso precipitado hácia el grupo en que estaba el moribundo.

— Está muerto, dijo con indiferencia

un torero saliendo del corro y pasando por el lado de Don Luis...

Al punto prorumpió en una exclamacion y apresuró el paso. Su voz hizo estremecer al joven que aun no habia dado el último suspiro; movió débilmente la cabeza y levantó los ojos yá enturbiados hácia Don Luis. Aquel movimiento descompuso sus cabellos cuajados de sangre y polvo que le cubrian el rostro. Don Luis lanzó un grito agudo, y, poniéndose de rodillas al lado de Pascualita la tomó en sus brazos... porque era ella... ¡era la joven enamorada que habia dado su vida por su amado!...

— ¡Pascualita! exclamó Don Luis, ¡Pascualita! ¿qué es lo que has hecho?

En aquel momento no lo ocupó ninguna otra idea; no veia mas que á la pobre joven tan apasionada, que moria alli por él.

y entregaba el alma en la tierra bañada con su sangre. Pálida como estaba y con la frente cubierta del velo de la muerte tenia mucha mas semejanza con Clara que habia tenido nunca. Esto hizo temblar de horror á Don Luis; volvió á tomarla en sus brazos, é, inclinándose hácia ella le oprimió los labios yertos y cárdenos con los suyos trémulos. La moribunda se estremeció; y volvió á abrir los ojos por un momento para manifestar el júbilo celestial que le causaba aquel último beso dado en los brazos de la muerte. Aun pudo sonreirse... y luego cerró los ojos... y Don Luis conoció, por el estremecimiento convulsivo que agitó el cuerpo que tenia en sus brazos, que todo se habia acabado, y que habia perdido á una amiga incomparable y sobre todo digna de mejor suerte.

Aquel acontecimiento hizo suspender la fiesta. Don Luis se metió al punto en el coche y lo llevaron á su casa en un estado tanto mas horroroso, cuanto que sufría remordimientos crueles... Habia visto patentemente que la escena del dia anterior habia decidido á Pascualita á la extraña resolucion que habia ejecutado. Una hora despues de su vuelta recibió una carta que confirmó sus sospechas convirtiéndolas en certidumbre.

« Perdóname, Don Luis, le decia, por haber dispuesto de mi vida sin orden tuya, tú á quien yo amo con una pasion tan profunda, que nunca hubiera pensado ni aun ayer que podria morir antes que tú; mas con lo que yo sabia, ya no podia vivir. Yo te hubiera hecho desgraciado con el espectáculo de un dolor sin medida, dolor cau-

sado por tí solo y que no hubieras comprendido sin embargo, porque el corazón enamorado de otra, no tiene compasión del amor á que no corresponde. A Dios. Yo no sé qué decirte... y sin embargo jamás ha sentido mi corazón tanto amor hácia tí; pero se presenta á mi imaginación como un fantasma amenazador y que me manda callar : todas mis palabras de amor espiran en mis labios y en mi pluma. ¡Qué te importa, al cabo, que yo te ame!.. A Dios, Don Luis. Voy á morir á tu lado sirviéndote de escudo, y á preservarte á lo menos de un peligro, si puedo, por la última acción de mi vida. A Dios... Cuando se presente á tu idea algún recuerdo mio, dí que jamás serás amado de nadie, como lo fuiste de la pobre Pascualita... Ruega á Dios por mí : nos volveremos á ver en el cielo.

Juana, doncella de Pascualita, habia llevado aquella carta á Don Luis : su ama le habia encargado que la llevase á su palacio si no volvia una hora despues de la fiesta real.

Al leer aquella carta tan sencilla y patética, no pudo Don Luis dejar de derramar lágrimas ; recordó tantas pruebas de amor, tantas horas de resignacion y de penas disimuladas con un aspecto jovial. Y cuanta pena habia costado la sonrisa de la felicidad á aquella muger que lo amaba con una pasion tan profunda.

« Nunca serás amado como lo has sido por mí : » le decia.

¡ Oh ! sí , bien lo sabia ; sabia que el laberinto donde habia entrado estaba cubierto de misterio y de dolor : sabia que

debía sufrir y hacer sufrir á cuantas personas se decidieran á amarlo.

En el momento que el marqués pudo evadirse de palacio, corrió á casa de su primo; le estuvo hablando largo rato sin que sus palabras llegasen á los oídos de Don Luis, á quien tenia absorto un dolor sin igual: solo hubiera sido capaz de distraerlo otra impresion que era cabalmente la que no se le concedia. Clara tambien sin darse cuenta del sentimiento que experimentaba, sentia una especie de dolor que la oprimia y le producía un resentimiento demasiado injusto para manifestarlo, y sin embargo demasiado violento para poderlo dominar. Por esa razon se abstuvo de ir á casa de Don Luis en los primeros dias que siguieron aquel acontecimiento, y el mismo Don Fernando fué el que primero le preguntó,

si tenia tal encono contra Don Luis que no quisiese llevarle los consuelos de la amistad. Estaba ademas muy malo, no solamente del disgusto que experimentaba, sino á consecuencia de su caida cuando el toro lo habia derribado.

— En verdad, Clara, le dijo Don Fernando con una expresion manifiesta de resentimiento, acabaré tomando tu conducta con Don Luis, como una ofensa hecha á mí mismo : es demasiado extraña para que yo la pueda consentir. Piensa que lo amo mas que hubiera amado á un hermano, si el cielo me lo hubiera concedido. Siento en el alma lo que estás haciendo con él, y me causa una pena tan viva que no puedo dejar de quejarme. Clara... bastante te he dicho con esto, ¿no es verdad?

La marquesa no tenia objecion alguna

que oponer á las quejas de Don Fernando ; conocia perfectamente que su marido reputaba por extraña su conducta con motivo ; pero ¿qué medio tenia de hablar?.. No supo responder mas que algunas palabras , que mas bien debian parecer una excusa que una razon, y al punto fué á casa de Don Luis.

Don Fernando estuvo mucho rato pensativo despues de la salida de Clara. La conducta de su muger le parecia cada dia mas inexplicable ; ¡ hallaba el desgraciado que lo amaban menos ! El estado violento en que vivia Clara era palpable, y Don Fernando la amaba con demasiada ternura, para no apercibirse no solamente de que no era correspondido, sino que un rayo de luz horrible despertaba su inquietud zelosa. Veia que Clara no solamente no lo habia amado *nunca*, sino que amaba en aquel mo-

mento; comparaba lo que ella experimentaba en los primeros dias de su casamiento, y su memoria no le representaba mas que impresiones vagas y que no eran sino el reflejo de su propia pasion. Veia aun en Clara la esposa casta, la muger virtuosa; pero en vez de la joven sumisa hallaba una muger irritable. Muchas veces la sorprendia llorando. Las lágrimas no son prenda de la memoria del alma, sino cuando se sufren recuerdos penosos, y Clara, ¿por qué podia llorar? Era adorada de Fernando, y jamás, en cuatro años que hacia que estaban casados, le habia ocasionado ningun disgusto.

Frecuentemente la sorprendia Don Fernando en cavilaciones profundas en medio de una fiesta; Clara parecia aislada en un mundo que no cesaba de prodigarle ala-

banzas, como si fuera en pos de una imagen ausente, y luego estremeciéndose de improviso respondia como entre sí á palabras que la turbaban. Fernando habia observado mucho tiempo estos efectos de una impresion oculta y misteriosa; y eso lo atormentaba tanto mas cuanto que no le era permitido quejarse. ¿Qué podia decirle? Su muger solo se ocupaba de los cuidados domésticos, de sus hijos, y de su casa; era la muger mas regular de Madrid. Fernando lo veia, y su misma certidumbre acababa de desesperarlo.

El alejamiento de Doña Clara respecto de Don Luis lo confirmaba en sus dudas.

— El lo habrá adivinado, decia para sí Don Fernando, acaso conoce al que ama; porque ama... sí ama... ¡y no á mí! Habrá

visto acaso Don Luis mi ultrage, y por eso se ha alejado.

Y adquiriendo esta idea mas imperio sobre él.

— Es necesario que yo le hable, añadió el desgraciado; ¡sin duda lo sabe todo!..

Don Luis estaba durmiendo cuando Doña Clara entró en su cuarto; esperó un momento y luego hizo bastante ruido para que se despertase. Al aperebirla hizo un movimiento, pero que podia atribuirse mas bien á un efecto de espanto que de agradable sorpresa.

— Lo he despertado á vm., dijo Clara con voz trémula; si lo incomodo á vm. en este momento, me retiro; ya volveré.

— Sabe vm. muy bien que nunca puede serme importuna, respondió Don Luis.

¿Cómo ha podido vm. pronunciar semejante palabra?

La marquesa se ruborizó y bajó los ojos, porque la mirada de Don Luis la turbaba, y se inclinó hácia su hija, preciosa niña de tres años que habia llevado consigo, para que le sirviese de sosten en aquella visita que tanto temia.

— Clara no le hará á vm. ningun ruido, le dijo á Don Luis, es juiciosa y me lo ha prometido.

Don Luis tomó á la niña y la puso en el sofá en que estaba acostado.

— ¡ Querida niña! le dijo abrazándola; tú me amas, ¿ no es verdad?.. tú no querás hacerme ningun mal.

La niña lo miraba con sus grandes ojos negros, y paseaba su vista de él á su madre como para pedirles cuenta del temblor de

su voz, de su agitacion y del trastorno de sus fisonomías que la niña veia y sentia sin comprenderlo. Era hechicera y se parecia mucho á su madre. Don Luis no pudo dejar de enternecerse y cerró sus ojos humedecidos, para no ver aquella doble vision encantadora : estaba pálido y temblaba. A Clarita le dió miedo aquel rostro tan descolorido.

— Yo quiero bajar, dijo la niña.

Apartando sus bracitos del cuello de Don Luis, los tendió hácia su madre.

— ¿ Tambien tú me quieres dejar? le dijo él con una sonrisa amarga. ¿ La enseña vm. á aborrecerme como vm.? prosiguió con una expresion de dolor que le llegó al alma á la marquesa.

Y apretando á la niña entre sus brazos, la estrechó contra su pecho con una especie

de transporte; pero Clarita mas espantada aun de la expresion extraña de Don Luis, hizo un esfuerzo para desasirse de sus brazos, y en la lucha que hubo entre los dos, se dió un golpe en la cabeza contra la esquina del sofa, y prorumpió en un grito. Doña Clara se arrojó al momento para tomarla en sus brazos, pero Don Luis la tenia ya en los suyos, y le habia dado para apaciguarla una figurita de China que tenia cerca. La niña seguia llorando, si bien el juguete la habia calmado, y cuando la madre la quiso tomar, ella se resistió.

— Es preciso ver lo que tienes en la cabeza, Clarita, le dijo su madre.

Pero la caprichosa no queria dejar á Don Luis, á quien amaba tiernamente. Doña Clara se inclinó, le abrió sus negros rizados, para hacerse cargo del golpe que se habia

dado, y vió que habia producido una contusion bastante fuerte. La marquesa tomó, de una mesa contigua, un frasco de agua de Colonia, y frotó con ella la parte lastimada de la niña. En aquella ocupacion, su cabeza se habia acercado inadvertidamente á la de Don Luis. Al punto, un efecto inexplicable, aunque se comprenda, las acercó mas aun. El agua espirituosa le escoció á la niña, que lloró de nuevo, y no halló consuelo sino en los brazos de Don Luis, á quien tenia enlazado con uno de los suyos, al paso que con la otra mano tenia la de su madre. La marquesa se turbaba; no se habia oido ruido alguno en el cuarto, sino los sollozos de Clarita; y sin embargo la palpitation de sus corazones eran tan fuerte, que se percibian sus latidos por el movimiento de la ropa. Clara sentia sus ca-

bellos heridos por la respiracion agitada de Don Luis, respiracion que tocándole con su fuego el rostro, le hacia casi desfallecer. En efecto, se fué á levantar para irse; pero una voz trémula pronunció:

— ¡Oh! ¡no!.. ¡no!.. y su mano fué asida por otra mano que la colocó sobre un corazon cuya palpitacion precipitada hacia patente su delirio.

— Clara, le dijo Don Luis, Clara ¿tendrédre que morir?

Clara quiso retirar la mano; pero ella misma participaba del delirio que la rodeaba. El recuerdo de Pascualita se presentó de repente á su imaginacion, y en un momento recobró toda su fuerza. Tomó á su hija en brazos, y, alejándose rápidamente del canapé:

— Soy poco diestra en estas materias,

Don Luis, le dijo echándole una mirada de desden que le penetró el corazón: yo no puedo hacer otra cosa por vm. que dirigir mis oraciones al cielo por su restablecimiento.

Se dirigia hácia la puerta, cuando esta se abrió, y entró el marqués.

— He oido gritar á Clara, dijo, ¿qué le ha sucedido?

— ¡Ah! menos que nada, respondió la marquesa; se ha dado un ligero golpe contra el canapé en que estaba jugando con Don Luis; pero ya se ha serenado, y ahora que llegas tú á reemplazarme, voy á llevarla para aplicarle á la contusion un poco de agua vulneraria.

Y saludando á Don Luis con una fria dignidad, salió de la habitacion.

Don Luis habia quedado dominado por

la conmocion terrible que habia sentido al despedirse Clara. Desde aquel momento, nada habia oido, y apenas habia visto entrar al marqués. Siguió largo rato á Doña Clara con los ojos que se detenian fijos en la puerta por donde acababa de salir. Don Fernando se sorprendió de aquella expresion, sobre todo despues de haber notado el desden y frialdad con que Doña Clara se habia despedido de su primo. Se aproximó á él, y tomándole la mano, dijo con una voz apagada.

— ¿No es verdad que nos ha engañado?

Don Luis dió un salto en el canapé.

— ¿Qué dices, Fernando?.. ¿Doña Clara nos ha engañado!.. ¿Quién? ¿Clara? ¿qué! Eso es imposible.

Don Fernando meneó la cabeza lentamente.

— Nos ha engañado, te repito... á ti como á todos los demás... Pero no... tú sabes ese detestable secreto... tú sabes su perfidia, y me lo has ocultado.

Don Luis miraba á su primo con un asombro que acaso hubiera iluminado á Don Fernando si hubiera estado meuos prevenido.

— Pero, le dijo por fin, ¿sobre qué datos fundas semejante acusacion?

El marqués meneó de nuevo la cabeza, pero en silencio. Don Luis padecia un verdadero suplicio; nada comprendia de aquella extraña vision que acababa de presentársele para doblar sus penas. Jamás habian tenido sus zelos por objeto mas que á Don Fernando, y sabia muy bien que Clara no amaba á nadie fuera de las paredes del palacio de Benavente : tenia demasia-

do interés en observarla para dudar de ello.

— Luis, continuó Don Fernando con tono serio, ha llegado el día en que debo verte la confianza que no has debido perder jamás. ¡O hermano mio!.. ¡amigo mio!.. soy muy desgraciado.

Y se echó en los brazos de su primo derramando lágrimas.

— ¡Tú desgraciado! exclamó Don Luis; ¡tú á quien tienen envidia todos los hombres de Madrid! ¡tú desgraciado!.. Eso es efecto de algun mal sueño.

Estas últimas palabras contenian una ironía casi amarga de que el marqués no se apercibió.

— No, no, yo no soy un insensato, dijo dándose un golpe en la frente : Clara no me ama, te lo repito... y esta pena de suyo

tan terrible se ha convertido en un tormento infernal ; porque sabe, hermano mio... que ama á algun otro.

— ¿Pero tienes pruebas de ello ?

— ¡ Oh ! sin duda que no las tengo para poderlas presentar en un tribunal... pero son bastante fuertes para hacerla condenar por un juez que será temible para ella, si se obstina en su conducta.

Se levantó, dió algunos paseos por el cuarto, y despues dijo con el acento lúgubre de la venganza.

— Clara no sabia, el dia que se unió conmigo, que yo castigaria una infidelidad con mi puñal.

Don Luis perdió el color.

— Pero, por Dios, ¿qué es lo que ha sucedido

El marqués dió todavía algunos paseos

por el cuarto, y despues fué á sentarse junto á su primo. Su fisionomía estaba menos trastornada, pero siempre sombría. Su continente era serio, y Don Luis se preparó para una revelacion importante.

— Tú sabes que yo fui tan dichoso cuanto un hombre enamorado puede serlo, cuando me casé con Doña Clara, dijo Don Fernando. La certeza de que era amado aumentó aquella dicha... Yo lo he creido mucho tiempo, prosiguió despues de un largo silencio golpeándose la frente con el puño cerrado... aquella ilusion duró hasta el nacimiento de mi hijo. Entonces fué... sí, entonces, cuando yo vi claramente en aquella alma femenil que habia aparentado el amor... yo sufrí los tormentos de los condenados, porque, de todos los males que Dios nos ha dado para nuestro

castigo, la certeza... aun la duda de no ser amado de quien se ama es el mas horrible... ¡Ay! este pensamiento me trastorna... yo no puedo hablar.

Y Fernando se levantó empujando con cólera el sillón en que estaba sentado, y recorrió el aposento con un paso desigual que daba á entender cuanto sufría. Don Luis esperaba el fin de aquella extraña revelacion con una ansiedad igual á la suya.

—Hace dos años, prosiguió el marqués, que me apercibí de un cambio no solamente en el humor, sino tambien en los sentimientos de Clara... Ví con evidencia que ya no era la misma... ya no me buscaba... hasta huia de mí... Esto fué en la época de tu desaparicion.

Don Luis se estremeció y redobló su aten-

cion. Don Fernando se acercó á él, y, tomándole la mano.

— ¡Hermano mio!.. ¡amigo mio!.. dime la verdad... dime la verdad con el valor de un hombre que habla á otro hombre... Yo puedo soportar una certeza... pero moriría á los golpes repetidos de una ansiedad continua... Habla... ¿no es cierto que cuando tú dejaste Almeria, habias observado algo de lo que yo sospecho?.. Habla, que tengo valor para escucharte.

Don Luis se puso todavía mas pálido; le parecia que aquel amigo ultrajado por su amor, y que venia á invocar su testimonio en nombre del amor era un mensajero del Cielo, á quien no podia mentir. Si hubiera amado todavía á su primo, si su pasion no hubiera extinguido un sentimiento, único para él durante tanto

tiempo, no hubiera podido resistir aquella voz, aquella mirada, y se hubiera arrojado en sus brazos gritando :

— ¡Yo soy ese infame!.. ¡yo soy quien adora á Clara!

Pero el rencor habia ocupado el lugar de la amistad ; las palabras de Don Fernando le daban una esperanza que lo aumentaban, porque entonces le ocurría al punto el pensamiento : — ¡Oh ! ¡por qué es este hombre su marido!

— ¡No, lo juro por mi honor! respondió por fin con una serenidad aparente, aunque su corazón latía con violencia, nada vi entonces que debiese hacerme sospechar de Doña Clara. Yo no puedo ultrajar la verdad afirmando lo contrario.

El marqués no respondió ; pero se veía que no quedaba convencido.

— Tú quieres evitarme una nueva pena, dijo á Don Luis; pero entonces ví claramente que su retraccion de tí, aquel deseo de ver prolongar tu destierro voluntario, en fin aquella especie de odio que te profesaba, no era otra cosa que un vivo resentimiento por haber sido descubierta... y por tu parte, hermano mio, tu destierro no ha procedido de otra causa: estoy seguro.

Don Luis no le respondió.

— Pero todo eso, dijo por fin, no forma ni una semi prueba.

El marqués fué á sentarse junto al canapé, y, tomando las manos de Don Luis.

— No soy un insensato, creeme, cuando te digo que Doña Clara ama, y que ama con pasion. Frecuentemente por la noche cuando duerme está agitada... llora... ha-

bla... dice palabras confusas, pero que para mí tienen un sentido terrible... y luego esa tristeza... esa ocupacion constante de un objeto desconocido para mí, pero que está siempre presente á su vista, siempre fijo en su pensamiento... Aun ayer la sorprendí en el terrado de la orilla del rio, mirando correr el agua con una tranquilidad aparente... pero cuando me acerqué á ella ví su rostro cubierto de lágrimas.

— ¿Qué tienes? le pregunté.

Ella me miró con una especie de terror... le parecia que habia yo penetrado los secretos de su alma pérfida.

Mientras que Don Fernando hablaba, tenia Don Luis apoyada la cabeza en su mano y procuraba ocultarle el extraordinario gozo que acababa de apoderarse de él. ¡Clara, Clara vertia lágrimas de amor! ¡ya

no amaba á Fernando ! ¡ santos cielos ! ¡ él era, él, á quien Clara amaba ! porque conocia aquella alma pura é inocente. Siempre á su lado durante las diferentes ausencias del marqués, habia tenido demasiado interés en seguir todos sus pasos para no conocer bien la verdad. Latia su corazon hasta quererle salir del pecho. ¡ Oh ! ¡ cuanto se recreaba y sufría al mismo tiempo ! porque no tenia una certeza completa, y lo que se prometia era el cielo para él.

Mientras Don Luis se engolfaba en un mar de pensamientos tumultuosos, permanecia el marqués sumergido en una profunda meditacion.

— Un dia, dijo este por fin como dando suelta á sus recuerdos, un dia, hará cosa de dos meses, estaba Clara rezando sus de-

vociones de la noche... aun no me habia yo dormido y estaba casi sorprendido del largo rato que empleaba en ellas, cuando percibí claramente gemidos que ella procuraba contener. Me levanté con tiento y llegué hasta la puerta del oratorio... Estaba de rodillas, y lloraba besando un objeto que tenia entre sus manos y no podia distinguir... Esperando oir algunas palabras que me pudiesen iluminar, no me presente por de pronto, pero nada pude entender... todas eran palabras confusas... *¡Desesperacion!.. ¡Dolor!.. ¡amor apasionado!.. ¡Oh! ¡cuanto sufría yo!..* En fin, no pude contenerme... me abalancé á ella, y, asiéndole las manos, le arranqué violentamente el objeto que cubria de besos y de lágrimas... era un ramillete de rosas, pero lo que me confundió... ¡es que aque-

llas rosas estaban frescas!.. ¡ se lo habian dado aquel mismo dia!.. ¿y cómo? ¿y quién?.. Esto fué lo que me hizo comprender la causa de aquella aficion repentina al terrado de la orilla del rio; comprendí la causa por que la esposa culpable cesaba de ser madre solícita... Clara permanecia horas enteras en el pabellon que da al Manzanares... la ventana es baja por aquella parte... y ¿no hay además una puerta que da al rio? ¡ O rabia y dolor!.. yo no me pude vengar... nada pude saber... porque aquellas flores malditas han sido intérpretes elocuentes de mi deshonra, pero les ha faltado voz para revelarme el nombre del seductor. Al arrancarlas de las manos de Clara, la lastimaron las espinas... su sangre corria mezclada con sus lágrimas. ¡ Este es un agujero! le dije! ¡ no lo olvides! ¡ Y, yo lo

juro, hermano mio... aquellas gotas de su sangre serán lavadas con torrentes de sangre del que la ha seducido... porque sí; han debido seducirla... ¡una criatura tan pura, tan inocente!

Don Luis no escuchaba ya á Don Fernando; acababa de ponerle de manifiesto su suerte, ¡acababa de decirle que Clara lo amaba! Hasta entonces solo se alimentaba de dudas, de esperanzas; ¡desde aquel momento ya sabia que era amado! El era quien habia dado aquellas rosas á Clara; él se las habia dado en un momento en que, el corazon lleno de amor, nada tenia en su apariencia de aquella pasion terrible que espantaba á Clara con su expresion. Atreviase á creerse amado, cuando, solo con ella, se paseaba por las calles sombrías de su hermoso jardin, alumbradas solamente

por la luz incierta de las arañas que ardian en la galería y en el salon de palacio. El aire estaba embalsamado por el perfume de las lilas y rosas, porque era el mes de las flores. Clara, apoyada en el brazo de Don Luis, se dejaba llevar á un embeleso voluptuoso que no tardó en producir en ella una turbacion que no procuraba combatir. La lucha por otra parte comenzaba á debilitar su valor femenino con los golpes de una passion que de dia en dia se hacia mas viva y peligrosa. Cuando hablaba con Don Luis, tenia su voz esa pausa, ese ligero temblor que introduce en el corazon del que la escucha una emocion viva, un estremecimiento que casi hace mal. Clara y Don Luis sentian lo mismo, ambos experimentaban el mismo amor. Clara no podia ocultarse á sí misma que por fin amaba al que

la adoraba hacia tanto tiempo. No dura una pasión semejante sin arrastrar á quien la inspira, y Clara amaba como era amada; le era empero forzoso disimular... le era necesario ocultárselo sobre todo al que habia de hacer feliz su amor; era necesario encerrar en una alma apasionada el ardor con que correspondia á otra pasión. ¡Pobre Clara! ¡sufria mucho! y las lágrimas que sorprendia Don Fernando no eran mas que una pequeñísima parte de las que deramaba.

Aquella noche dulce y voluptuosa, en medio de las sensaciones que uno y otro experimentaban, sintió Don Luis, sin comprenderlo que debia quejarse menos de la suerte. Los envolvía á él y á Clara como una atmósfera de amor, no era ya su sentimiento aquella borrasca que lo arre-

bataba en sus remolinos, era una emocion dulce que hacia latir su corazon. Clara experimentaba tambien esa languidez que detiene las palabras entre los labios trémulos, y cubre los ojos con un velo de amor. Cuando comprendió el peligro, dijo retirando su brazo del de Don Luis :

— ¡Qué olor tan dulce exhalaban esas rosas! yo quisiera coger una.

Don Luis no la escuchaba; estaba absorto en un mar de delicias que la arrebatában tambien á ella.

— Qué ¿no quiere vm. cogerla? repitió Clara con su dulce voz.

Don Luis se estremeció, y, cogiendo dos rosas de un rosal que estaba inmediato :

— Prométame vm. guardarlas siempre en memoria de esta dulce noche... ¿quiere vm.?

— Dígame vm. que sí...

Clara inclinó la cabeza sin pronunciar una palabra; conocia que no podia hablar sin romper en lágrimas. Don Luis la miraba con embriaguez; estaban próximos á la casa, y la claridad de las luces alumbraba de nuevo el hermoso rostro de la marquesa, en que se notaban aun señales visibles de sus lágrimas. Don Luis gozaba una dicha de que jamás habia disfrutado en su vida. Acertó á ver al mismo tiempo una yerba-luisa, arbusto que tiene las hojas largas y estrechas, y cortó una rama.

— Dicen que esta es una planta de encantamiento, dijo juntándola con las rosas, que sea un lazo para nosotros.

Clara tomó las rosas y la rama de yerba-luisa, y su mano trémula apretó ligera-

mente la de Don Luis al recibir el ramo. Todo habia sido júbilo y dicha aquella noche; pero cuando Clara volvió de su sueño, cuando la voz atronadora de Don Fernando hizo resonar en sus oidos amenazas de muerte contra la *muger adúltera*, contra el *seductor*! ¡Gran Dios! exclamó la desgraciada, pues qué ¿soy en efecto culpable?... ¿Soy *adúltera*?.. ¡O Dios mio! ¡Dios mio! ¡Clemencial! ¡compasion!

Al dia siguiente el semblante que hizo á Don Luis, era muy diferente que el dia anterior. En vano buscó en su mirada tan pura y dulce la expresion atractiva en que se perdia su alma entera. No era ya la misma Clara; era la Clara de Almeria, la muger sin piedad y sin amor; su palabra era graciosa, pero fria, su mirar incierto y sin embargo firme. Estuvo en poco que Don

Luis no la maldijera. Por lo menos no pudo dejar de acordarse de Pascualita.

¡Pobre Clara! ¡Oh! cuanto sufría mientras que Don Luis lanzaba una maldición á su nombre! Se ha visto la escena de las rosas, cuando á media noche la sorprendió su marido al pie de la cruz, llorando sobre aquella prenda criminal y sin embargo tan preciosa. La desgraciada se sonrió á vista de su sangre, que corría á causa de las espinas de las rosas cuyo perfume la habia embriagado. ¡Ay! comprendia que el amor se enlazaba con su muerte.

¡Pero Don Luis!.. Don Luis acababa de entrar en una felicidad desconocida. Temblaba, lloraba, y fué necesaria toda la preocupacion del marqués para que se ocultara su agitacion al hombre mas interesado en adivinarla. Don Fernando estaba por otra

parte demasiado lejos de pensar en la traición de un amigo, y cuando miró por fin á su primo y vió brillar las lágrimas en sus ojos, se arrojó á sus brazos exclamando :

— ¡ Ah ! ¡ demasiado sabia yo que tú tomarías parte en mis pesares !

Don Luis lo miró con silencio, y no acertó á pronunciar una palabra para engañarlo. ¿ Qué le hubiera podido decir ? ¿ qué lo compadecía ? ¿ cómo hubiera podido mentir de aquella manera cuando los dolores de Fernando hacían su placer ? Lo miró todavía mucho rato con un aire de triunfo insultante. ¡ Oh ! ¡ qué dulces le eran sus lágrimas zelosas ! ¡ cómo se regocijaba en ellas ! esas lágrimas corrían porque ya no lo amaba Clara, porque Clara amaba á otro, y ese otro era ÉL ; no podía dudarlo. ¡ O felicidad celestial !.. ¿ qué son los án-

geles en comparacion de gozo semejante?

— ¿Qué me queda que hacer? dijo por fin el marqués despues de un largo silencio; ¿qué debo yo resolver?

— Nada por tí mismo, respondió Don Luis. Tu pasion se extravía... tu muger puede no ser culpable... puede no serlo mas que de un afecto pasagero y romanesco á que los zelos darán cuerpo y una terrible existencia. Deja ese asunto á mi cuidado.

— ¡Oh! exclamó el marqués, arrojándose á los brazos de su primo, ¡yo no soy infeliz sino porque tú me has abandonado!

La herida de Don Luis lo detuvo aun algunos dias en su aposento, en cuyo tiempo afectó la marquesa no ir á él una sola vez. Don Luis mandó pedir los niños; el aya

se los llevó, pero no los acompañó su madre.

Un día, despues de comer, habia bajado Doña Clara al jardin para disfrutar de los últimos hermosos momentos del año : Don Fernando estaba en san Ildefonso al lado del rey. Contenta con aquellos instantes de soledad, se dirigió Clara hácia el pabellon del jardin, pero no habia andado la tercera parte de su paseo cuando oyó caminar rápidamente detrás de ella : volvió la cabeza y vió que era Don Luis.

Estaba todavia pálido por su convalecencia, y mucho mas aun por su emocion.

Clara lo esperó, y, para ocultar su propia agitacion, afectó un aire natural que debia, segun ella creia, darle cierto continente.

— ¿Cómo puede vm. cometer la im-

prudencia de salir así de noche? le dijo. Vamos sea vm. prudente... déjeme vm. llamar á Domingo... ahí bajo lo oigo... él lo volverá á vm. á casa.

— No, *yo no puedo* dejar á vm. tan pronto, Clara... tengo que hablar con vm.

La fisonomía de Clara se revistió de una expresion severa.

— No me regañe vm. prosiguió Don Luis, ¿cómo quiere vm. que un aire tan embalsamado pueda ser perjudicial?

Y, hablando así, le indicaba con la mano los bosquecillos de rosales cargados de rosas tanto mas estimables cuanto debian ser las últimas del año.

Clara se sonrojó y tembló. Tal recuerdo era seguramente una seduccion muy poderosa.

— Pues bien, dijo ella en fin, déjeme

vm. acompañarlo al palacio... Entremos... el aire de la noche es ya frío... yo creo que hay nieve en Somo-Sierra... ¿Quiere vm. que entremos?

—Yo iré á donde quiera vm.: demasiado lo sabe vm....

Marchó al lado de Clara en direccion al palacio;... pero pronto comenzaron á vacilar sus pasos : habia contado demasiado con sus fuerzas.

— Tome vm. mi brazo, dijo Doña Clara, con voz trémula.

Y se adelantó hácia él para sostenerlo.

— ¿Cree vm. acaso que no será mas funesto para mí este apoyo que el aire de la noche, Clara? Diga vm. y responda con su corazon.

— ¿Qué puedo yo decir?... Vm. es un insensato. ¿Qué espera vm?... á qué fin

ese amor en que vm. se obstina en envolverme, cuando...

Y quiso retirar del brazo de Don Luis el suyo, que se agitaba convulsivamente.

—Prosiga vm., le dijo; añada vm. cuando vm. tenia una querida que lo amaba hasta el extremo de dar su vida por vm. ¿No es eso lo que vm. queria decir?

Clara se sonrojó.

—Yo no tengo ningun derecho sobre vm... ¿cómo podré hacerle reconvenciones?

—Vm. sabe que tiene sobre mí todos los derechos que le da la esclavitud voluntaria á que me he ofrecido dándole mi vida.... Vm. tiene en efecto el derecho de pedirme cuenta de una palabra de amor dicha á otra muger... Porque vm. lo vé, Clara, este amor no es un afecto vulgar

como el que yo veo expresar todos los dias en las calles del Prado... mi amor es una pasion profunda que debe fijar la suerte de los dos : porque es necesario que ó nuestra muerte ó nuestra dicha esté escrita en la página de nuestro destino... es inevitable. En aquel momento llegaban á una larga galería que caia al jardin y solo distaba del suelo algunos pies , rodeándola un seto de jazmines cuyas ramas se encaramaban , cubrian las ventanas abiertas , y embalsamaban el interior de aquel lugar delicioso, cuya grata disposicion manifestaba toda el alma de una muger ; aquella era la mansion habitual de Clara.

Al entrar allí hizo un movimiento para salir, pero Don Luis la detuvo y le dijo :

— Yo he pedido á vm. una conferen-
II. 8

cia. Clara, es necesario que vm. me escuche.

¿Qué teme vm. de mí?... espere vm. aquí... se lo suplico por los dos.

Clara se sentó en un sofá colocado junto á una ventana, y las blancas y olorosas guirnaldas de jazmines jugaban con los rizos de su negro cabello. Puesta de aquel modo estaba pasmosa de gracia y hermosura. Don Luis la miró largo rato sin poder articular una palabra.

— ¡Oh! dijo por fin, lo repito todavía, la muerte ó la dicha, ese es nuestro destino... Pero, Clara, ¿cómo no me ha adivinado vm.? ¿Cómo no le ha dicho su corazon que estaba á sus pies cuando hablaba á Pascualita?.. ¡Desdichada! ¡ay! ella me amaba, y ha muerto porque he tenido la cruel-

dad de reconvenirla por su semejanza con vm.

Clara lo miraba con ojos tiernos; Don Luis se encontró con aquella mirada, y su corazón sucumbió al peso de tanto deleite. Se inclinó sobre las manos de Clara, y llorando de amor solo pudo decirle.

— Clara..... que escuche yo de su boca de vm. que me ama... no me cierre vm. ese universo de dicha en que puedo entrar, para abismarme en una pena que debe causarle remordimientos... Clara... hableme vm... oiga yo su voz.

La miró, y vió que estaba llorando.

— ¿Qué quiere vm. de mí?... Vm. es un insensato... permítame vm. que lo deje, demasiado lo he oído á vm... Don Luis... deje vm. mi mano... déjeme vm. le digo.

Y haciendo un esfuerzo, quiso levantarse, pero la detuvo en su asiento, aunque sin violencia.

Clara se quedó; pero temblaba y se sentía desfallecer.

— Clara, ¿por qué aumentar así nuestra desgracia? le dijo Don Luis... ¡Vm. me ama!

La marquesa se levantó y miró á Don Luis con enojo.

— ¿Qué significa eso? le dijo; ¿quiere vm. insultarme?

— ¡Yo! ¡Clara! ¡yo ofender á vm!... ¡á vm. que yo querria ver rodeada de los homenages del mundo entero!.. ¡yo herirle á vm. el corazon! ¡Oh! ¡vm. no lo cree. no, ¡vm. no lo cree! Pero, Clara, ¿por qué huir de la felicidad? ¿Por qué, si vm. me ama, ocultarme ese amor? ¿Le he pedi-

do yo á vm. otra cosa?.. una sola palabra, una mirada, pero que esa mirada sea tierna, que esa palabra sea de amor.

Clara volvió á sentarse y comenzó á llorar.

— Clara, jamás me hubiera yo atrevido á presumir tanto gozo... pero ese hombre que aborrezco... ese hombre que quisiera yo ver en un lejano destierro por no deseárselo la muerte, ese mismo es el que me ha revelado toda su alma de vm... ¿Por qué se ruboriza vm?.. ¿por qué ocultar el rostro?.. ¡Clara! ¡idolatrada mia!... ¡Oh! déjeme vm. por la primera vez leer en sus ojos que soy amado!

Clara ocultaba entre sus manos su rostro encendido con la vergüenza y el amor. Don Luis se las retiró suavemente con la suyas. Se encontraron sus ojos, se confun-

dieron sus miradas, y entonces aquellas dos almas se perdieron una en otra, cayeron en un anonadamiento completo de todas sus facultades, para no vivir sino por una sola. Todo el calor que tenia la sangre, todas las sensaciones que podia prestar el corazon, vinieron á concentrarse en aquella mirada de amor, uno de los gozos mas profundos, uno de los placeres mas deliciosos de la pasion, pero de la pasion del alma, de la única real que existe y que revela la existencia de otra vida.

— ¡Oh Don Luis! dijo Clara con voz debil. ¿qué ha hecho vm?.. ¿por qué me ha arrancado vm. de este retiro en que se ocultaba mi desgracia y mi falta?.. Vm. va á perderme.

— ¡No! ¡no!.. tranquilícese vm. ¿Qué puede vm. temer?.. ¿qué recela vm. de

mi?.. Vm. será siempre sagrada y religiosamente venerada por mí... una sola de esas miradas como la que acaba de hacer el matrimonio de nuestras dos almas, es para mí mas apreciable que las caricias que vm. conceda á ese hombre que manda que *se le ame, que exige el amor...* ; Cómo si el amor fuera esclavo! Lo es, pero voluntario... huye al ver su cadena... Que él posea á vm... yo me contento con el alma, con el corazon de vm... yo poseo su mas íntima parte... Yo soy feliz... ¿puede él oponerse á esta felicidad?.. ¡Oh! no.

Clara al escuchar á Don Luis, experimentaba un placer inefable, un placer celestial. Lo miraba con ojos de amor abrasador, con un fuego dulce y puro que él contemplaba como lo mas profundo de la pasion; aquellas manos enlazadas una con

otra , temblaban al tocarse; corrian las lágrimas de sus ojos, y venian á mezclarse con la sonrisa de felicidad que entreabria sus labios. ¡Oh! ¡qué misterios tan desconocidos encierra el corazon! ¡Qué caminos tan hermosos forma su laberinto! Cada investigacion produce una nueva descubierta, y un alma enamorada jamás ha sido herida por una pasion íntima, sin reconocer que era mas capaz de proporcionar la dicha que de disfrutarla. En aquel momento en que el mundo desaparecia delante de ellos, no creian Clara y Don Luis que su suerte pudiese ser mas feliz.

Absortos en un deleite desconocido para ambos, no creian que pudiese llegar un dia en que echaran de menos una felicidad mas grande todavia, y se quejarian del

destino, porque les negaba la que habian desechado.

Permanecieron así largo rato el uno junto al otro con las manos enlazadas, confundidas recíprocamente las miradas, y no viendo nada fuera del universo que su amor les creaba. ¡Ah! ¡para momentos tan deliciosos han inventado solamente los hombres la palabra ¡FELICIDAD!

Habia desaparecido enteramente el dia, y ni á Don Luis ni á la marquesa les habia ocurrido la idea de que hubiese necesidad de retirarse. Habia salido la luna hermosa y pura, y alumbraba con sus rayos de plata á los dos solitarios: todo estaba sereno en torno de ellos; habia cierta conformidad entre sus corazones, y la naturaleza, que ambos habian desconocido hasta aquella noche, porque eran desgraciados.

Don Luis besaba las manos de Clara y le suplicaba que hablase para que él conociera que la dicha que rehenchia su alma no era un sueño que al despertar iba á desvanecerse.

— ¡Ah! oiga yo la voz de vm. le decia ; y su palpitante corazon se abalanzaba á la mano que su mano apretaba ; y Clara se sonreia dulcemente , pero sin hablarle ; habia demasiada emocion en su alma para que pudiese articular una palabra.

— Clara, le dijo Don Luis, esta noche es memorable en la vida de los dos : yo experimento la necesidad de dar por ella gracias á Dios... pero déjeme vm. prometerle delante de él, sin que vm. me lo exija : que respetaré la sagrada condicion de la madre y de la esposa... que no pertur-

baré su alma con una pretension que acaso me concederia su amor, pero que mas tarde seria para vm. un decreto de muerte. Yo le juro á vm. respetar esa naturaleza de angel que ha obtenido vm. entre las mugeres, para serles superior tanto por su virtud como por su hermosura.

Clara sintió en aquel momento una emocion tan profunda, que le hizo derramar lágrimas, y echando sus brazos al cuello de Don Luis lo estrechó contra su seno con un movimiento tan apasionado, pero tan puro y tan santo, que los ángeles en sus gozos celestiales debieron regocijarse al ver una felicidad que participaba de la suya.

— ¡Dios mio!, dijo ella por fin, vm. quiere que yo lo ame.. ¿Cómo he de resistir á tanto amor... á tanta bondad?... y yo, prosiguió, lo juro aquí, á esta hora

solemne que ha comenzado para mí una nueva vida, que no lastimaré jamás el corazón de vm., amigo mio, con una palabra, una mirada... una acción que pueda causarle la mas leve aflicción.

Ambos se habian comprendido, y sabian bien lo que se prometian.

Muchos dias pasaron para ellos en un encanto, para cuya explicacion no se han inventado palabras todavía. ¿Quién puede expresar las delicias del alma en que sumergian todo su ser? ¿el afecto por tanto tiempo reprimido y que al fin mostraba la necesidad de manifestarse á quien lo templara? ¿la dicha desconocida, revelada, y sentida por una alma de fuego? ¿la simpatía, que es otro amor, pero mas profundo aun que él, mas eterno, mas sagrado? ¿todos los deleites que para ellos se renovaban á cada mo-

mento en una mirada prolongada, en una mano apretada, un suspiro recibido, un gozo del cielo, en fin en el silencio, en una palabra, en toda la vida? ¡Oh! el que se proponga explicar esos instantes, no ha amado nunca así. Es necesario haber disfrutado de tales placeres, de tales delicias para comprender la necesidad y la imposibilidad de explicarlos.

El servicio de Don Fernando no lo detenía ya en Madrid; la corte había salido para Aranjuez, y Doña Clara manifestó deseos de ir á Almeria. El marqués, cuyo humor sombrío tomaba de dia en dia un caracter mas señalado, consintió en ello, con la esperanza de sorprender, en el abandono de la vida del campo, el secreto que le servia de suplicio continuo. Sus zelos, que no podia llamar injustos, porque su muger

le daba entonces pruebas de una completa retraccion, sus zelos, digo, tenian un caracter casi feroz. Aquella muger que rehusaba un beso, aun en la frente, aquella muger que era suya y á quien podia mandar; ¿cual era el objeto de su amor? ¡porque ella amaba... y amaba á otro! y á ese otro, decia él con la rabia de los zelos, á ese otro, yo no puedo encontrarlo ni buscar en su corazon lo mas puro de su sangre, ¡no puedo matarlo! ¡despedazarlo entre mis manos, y decirle, que muere, porque es amado de Clara!

Un dia, estaba sentada en aquel mismo sofá en que, descansando el dia de su llegada á Almeria despues de su boda, habia dado Clara su primer beso á Don Fernando. Aquel sitio le habia sido muy grato desde entonces; Don Luis estaba contando

un acontecimiento de que habia sido testigo en Francia durante su destierro voluntario. Experimentaba Clara, al escucharlo, tal emocion, su voz iba á resonar con tanto amor en el fondo de su corazon, que temia hacerse traicion delante de Don Fernando; así es que procuraba tener los ojos inclinados al suelo, por no manifestar el fondo de su alma con una mirada, cuando su alma se lanzaba con todas sus facultades hácia otra alma que tambien la buscaba. Ella aparentaba estar distraida, cuando toda su vida estaba, por decirlo así, en la atencion que prestaba á lo que decia Don Luis. Regocijábase al percibir el metal de su voz; saboreaba sus inflexiones dulces y sonoras; percibia lo que contaba, reia cuando él reia, lloraba cuando él lloraba, pero todo pasaba en el fondo de su

corazon que disimulaba con el mayor cuidado. Solo él comprendia la relacion íntima que mediaba entre los dos, y la comprendia, porque participaba de ella.

Esa impresion de un afecto enteramente divino daba á Clara una belleza expresiva, que hasta entonces no se habia manifestado en ella. Su mirada de fuego era dulcificada por un deleite gozado sin interrupcion; en su sonrisa no se echaba de ver la alegría, sino un embeleso, una gracia tal que hacia de Clara la mas encantadora criatura. La dicha la envolvía en un velo de belleza tanto mas atractivo, cuanto que era desconocido, y no hacia sino reflejar lo que era su vida en semejantes momentos. El marqués cuya zelosa inquietud constantemente despierta, no le concedia ninguna tregua, no tuvo fuerza para hacer frente al

poder irresistible que poseia sobre el corazon el conjunto de Clara, y la hacia la muger mas seductora y mas amable del mundo; ella misma lo habia ignorado hasta entonces; pero ahora que amaba, no podia dejar de querer ser amada; Don Fernando sucumbió á ese prestigio; su pasion por ella se redobló, y su delirio llegaba algunas veces hasta la desesperacion, cuando Clara, apartándolo sin cólera, pero con tibieza y resolucion, le negaba lo que él llamaba un *derecho*.

Aquella misma noche, estaba Clara oyendo á Don Luis contar la historia de una joven á quien habia sacado del Ródano donde se habia tirado desesperada de su miseria. Don Luis se habia precipitado en el rio cuya terrible rapidez se habia aumentado considerablemente con la crecien-

te de las aguas, habia salvado á la joven, le habia dado dinero y vuelto la paz y la dicha á un techo que habian abandonado. Esta anecdotita se habia referido en todos los diarios de aquel tiempo, pero sin nombrar al heroe de tan bella accion. Se habia atribuido solamente á *un Español de distincion...* Aquel artículo era el que habia hecho saber á Don Fernando la mansion de Don Luis en Francia.

Al escucharlo entonces, se apoderó del corazon de Clara un júbilo desmesurado. Frecuentemente habia hablado ella misma de aquel hecho, y lo habia referido como una cosa que hacia honor á uno de los suyos; pero entonces todo habia cambiado entre ella y Don Luis, y ya deseaba que todo el mundo conociese cuanta bondad y nobleza encerraba su alma; queria que,

colocado sobre un pedestal, se ofreciera á la vista de todos, mas no hubiera querido sin embargo que Don Luis, lo mismo que una imagen de cariño y adoracion, hubiese sido conocido de ningun ser humano. El, ella y Dios, eran los únicos objetos en que cifraba su amor : tal era la oracion que repetia todas las noches arodillándose delante del crucifijo de su oratorio. Ella lo amaba con una pasion igual á la suya; lo amaba con un amor que acaso por su naturaleza era superior al de Don Luis. ¡Cuántos elementos de delicias y de penas encierra para el amor el corazon de una muger !

Doña Clara escuchaba con indecible placer y los ojos bajos la relacion de Don Luis; sobre sus megillas purpúreas resaltaban, como dos franjas de felpa, unas pestañas mas negras que el azabache, y retor-

cidas graciosamente, donde se habian detenido y temblaban algunas lágrimas; sus labios entre-abiertos y trémulos parecía que murmuraban palabras de amor, ó que pedian una caricia. Todo era en ella no solamente hermoso, sino hermoso con la magia voluptuosa que hace de las Andaluzas las mugeres mas seductoras de la tierra. Don Fernando la miraba con ternura, como he dicho, y conocia que otro amor existia en el corazon de Clara, corazon que no era suyo; pero ese amor la hermoseaba tanto, ¡ que le causaba un sentimiento casi frenético! Se acercó á ella con lentitud, y se sentó á sus pies en un ancho cogin; allí la miraba con ojos que hablaban un lenguaje extraño para los de Clara, que los desviaba con un sentimiento visible de violencia, y cuando se encontraba con los

de Don Luis, experimentaba tal angustia que se sentia morir. El estado de los tres llegó pronto á ser insoportable. Hacia mucho rato que el capellan se habia marchado, y Don Fernando habia dirigido muchas veces sus ojos hácia su primo, como para suplicarle que lo dejase solo con Clara; pero Don Luis, cuyo estado era particularmente mas doloroso, miraba siempre á otro lado. En fin el marqués se levantó, y tomando la mano de Clara, casi la forzó á levantarse.

— En verdad, le dijo con cierto tono de reconvencion, que no parece sino que eres una persona extraña entre nosotros. Has escuchado esta admirable historia de Don Luis con una frialdad insultante para él, si no estuviese acostumbrado á tus desprecios... Tu pensamiento errante andaba

buscando probablemente otro objeto, para emplear en él tu atencion.

Al escuchar un discurso cuyas frases incoherentes, palabras desconcertadas, y falta de miramiento hacian una cosa notable en las circunstancias, Clara temió que no la hubiese adivinado; Don Luis lo temia tambien, pero solamente por ella. Por lo que toca á Don Fernando, miraba á Clara y no se ocupaba de Don Luis. Clara puso la vista en su marido, con los ojos húmedos, y le dijo sonriéndose, con una inflexion de voz todavía impregnada de amor :

— ¡Tú dices que esta historia no me ha interesado, Fernando!..

Estaba tan atractiva, sus ojos inspiraban tanto amor, que Don Fernando no pudo contenerse y la tomó en sus brazos, besando, á pesar de sus esfuerzos, sus labios

trémulos, y apretándola convulsivamente contra su pecho. Clara creyó morir con semejante violencia, sobre todo al ver la repentina palidez de Don Luis. Ella se resistía, y el marqués no hizo mas que reirse.

— ¿Qué significa ese capricho? le dijo él; vamos, Clara, ó no seas tan hermosa, ó sé mas amable.

Trató todavía de buscar su boca; pero se defendió entonces Clara con tal ahinco, que debia haber advertido á Don Fernando que el odio estaba muy próximo á ocupar el vacío del amor. A pesar de la delicadeza de sus miembros, luchó Clara un instante ventajosamente contra su marido. Graciosa y flexible en sus movimientos, se escurrió de sus brazos como una culebra. La resistencia no le pareció por de pronto

á Don Fernando mas que un juego ; pero cuando creyó ver que era efecto de un movimiento repulsivo, entonces se puso casi brutal ; la cólera y los zelos ofuscaron su razon. Tomó á Clara por la cintura, y llevándola hácia-sí, le hizo dar un grito doloroso ; pues le habia hecho mal en la muñeca y en la mano. Clara vió que Don Luis metiendo al punto la mano en el pecho, y abalanzándose á Don Fernando, hizo brillar sobre su cabeza la hoja de un puñal. Con un movimiento mas rápido que el pensamiento rechazó con una mano á Don Luis, y con la otra, aunque la tenia dolorida y ensangrentada, estrechó la cabeza del marqués y la acercó á su seno, y prodigándole las mas dulces caricias comenzó á llorar. La escena fué tan precipitada que apenas tuvieron lugar los actores de ella

para comprender lo que habia sucedido. La muerte habia girado al rededor de su cabeza, y un beso de amor ó mas bien un ademan fingido lo habia evitado todo. Clara, trémula y pálida, se sentia desfallecer; comprendia que habia amenazado á Don Fernando un gran peligro, y ese pensamiento le hacia temblar de horror. Don Luis no habia podido soportar la vista de tan íntima familiaridad, familiaridad que no es otra cosa que el vil tributo que la muger tiene que pagar á su señor, y con que se rescata de las sospechas, cuando no siente el amor.

— ¡Oh! dijo por fin el marqués levantando la cabeza que Clara habia tenido apretada contra su seno, tanto para salvarlo de la muerte, como para estorbar que viesè la mano amenazadora de Don Luis,

¡ que cruel ha sido esta chanza, Clara! No juegues mas así... ¡ que esto hace mal!

Clara se puso encarnada, y su frente y megillas fueron otra vez cubiertas de besos. Don Luis perdió el color; y Clara lo miró con ojos suplicantes. Era demasiado visible lo que ella misma sufría, para que el desdichado no le tuviese lástima. Así juntó las manos, y apretándolas violentamente una contra otra, dijo en voz baja:

— ¡ Por vm. y por Dios!

Es imposible pintar semejante escena, porque no están sujetos al analisis los sentimientos verdaderos y profundos que experimentaban sus actores; algunos segundos habian sido suficientes para los acontecimientos que yo acabo de referir en muchas páginas, y que se quedaron grabados en lo mas hondo del corazon de dos inte-

resados sobre todo. Se veia junto á las tres personas la muerte que las envolvía con un presagio fatal; se percibia un eco anticipado de tumulto que anunciaba un gran desastre. Don Fernando estaba huraño y sombrío á pesar de la seduccion de las caricias de Clara, que no tenia por verdaderas. Sin una sospecha formal, conocia que era engañado. Clara lloraba porque amaba, y Don Luis era el mas dispuesto de los tres á llorar, porque el desgraciado tambien amaba, y sufría crueles tormentos. Don Fernando le hablaba con una confianza que á veces le producía remordimientos. ¿Qué puedo yo hacer con semejante destino? se preguntaba á menudo; y volvía los ojos asombrados hácia una caja de pistolas que habia sobre su mesa. El interior de Almeria se convirtió en una man-

sion de penas y lágrimas. Cada uno de sus habitantes era tan profundamente desgraciado, que su vida se hizo insoportable. Clara era, como siempre, á quien la desgracia distinguia; porque su naturaleza de muger se perdia en un horizonte de dolor sin limites. Habia percibido desde luego en su corazon un gozo inconmensurable, cuando se le habia hecho patente el amor con todos sus gustos y sus llamas; su alma pura habia visto esa pasion hermanada con la virtud y todas sus reservas, y la castidad de una virgen con el ardor de su entusiasmo; pero cuando todos los dias le ofrecia un deseo ó un combate, cuando le fué prohibido hasta el placer de mirar á su amante, porque el fuego de sus ojos la abrasaba, entonces concibió un nuevo dolor, un dolor de los que causan la muerte;

entonces se sintió herida, pero de una herida tan funesta, que se arredró al contemplar las congojas y tormentos que tenia que pasar para llegar al sepulcro. Su salud se alteró, enflaqueció y púsose pálida; le acometió al pecho un dolor agudo y abrasador; perdió el sueño y el apetito; pero sufría con valor, ó mas bien, con resignacion, y veia acercarse la muerte sin quejarse.

— Lo he merecido, decia.

Don Luis estaba tan demudado como Clara. Los remordimientos que experimentaba, aumentaban su pena. Desde que era amado por Clara, su encono contra el marqués se habia cubierto de un matiz menos áspero; no lo amaba, pero se acordaba que lo habia amado, y en ese recuerdo, hallaba con que alimentar los remor-

dimientos de su traicion. Sin embargo todo callaba delante del amor; esa pasion usurpadora lo hacia otro hombre, y lo ensordecia de modo que no podia escuchar la voz de sus mas dulces sentimientos : el *honor* mismo era interpretado por él á medida de su delirio... ¡El universo se encerraba para él en su amor! Cuando estaba sentado junto á Clara en la galeria, sitio de su mansion habitual, cerca de una de las ventanas que daban á la campiña y dominaban toda la Vega, cuando, teniendo una de sus manos, sentia una ligera presion que respondia á la suya, ó cuando una mirada por largo rato prolongada iba á buscar la vida en su corazon, se extasiaba por el efecto mágico de un deleite celestial; cuando en fin el eco, el murmullo de la palabra amor, que nunca se cansa de oir el

que ama, llegaba á su oído; cuando los labios de Clara pronunciaban en tono bajo :
— ¡O Luis! ¡cuánto te quiero!

Entonces era tan profundo su delirio, que lo martirizaba. El no creía gozar, y con todo hasta entonces no había conocido los verdaderos goces del alma, los únicos que revelan la dicha. Pero un día vió que todo eso era ilusión, una ilusión radiosa con alas de púrpura y de oro, que nos halaga con su encanto, y nos hace creer lo que no puede existir. La voluntad de ambos era sin duda de no incurrir en una falta; pero cuando ambos comprendieron la extensión del propósito que se imponían, movieron tristemente la cabeza y se dijeron :

— Es necesario morir... ó dejar de ser virtuosos.

Por lo que toca á Don Fernando, ¡era tambien muy desgraciado! Ya no podia dudar de que existia otro amor en el corazon de Clara : y ella misma, en su delirio, no trataba de ocultarlo, y si desviaba los ojos zelosos de Don Fernando de la cabeza de Don Luis, era para salvar al que amaba del puñal del que no amaba. El marqués la veia morir, como una flor maltratada por la borrasca se inclina y cae al soplo destructor del viento, ó á los golpes de la lluvia; pero nada, nada que le diese luz en tantas tinieblas de desgracia, que solo le causaban zelos y tormentos. — ¡Y Don Luis! ¡Don Luis, decia, que, siempre dispuesto á consolarme, tiene ahora mas necesidad de los consuelos de mi amistad que yo mismo de los de su cariño! Porque atribuia la profunda melancolía de su primo

á la muerte de Pascualita y sobre todo al objeto que la habia motivado; pero jamás le ocurrió la mas leve sospecha, á pesar de ser naturalmente desconfiado y zeloso. Antes hubiera dudado de sí mismo.

Así se fueron pasando muchos meses. La primavera se cubrió y despojó de su verde túnica; siguió el verano, y despues llegó el otoño, la estacion mas deliciosa en Andalucía. Aunque Clara estaba mal, daba largos paseos; iba al Alhambra, y sobre todo al Generalife. Allí le gustaba distraerse acompañada de Don Luis; mas, para evitar el peligro de estar solos, se hacia seguir Clara de su hija que llevaba una criada. La presencia de la niña no menoscababa su franqueza; y hacia mas decorosas las largas ausencias de su madre, cuando recorria el alcazar moro, y se detenia entre

sus ruinas con Don Luis, que le explicaba hasta las antiguas leyendas; porque hablaba y escribía perfectamente el árabe. Solían á menudo embarcarse en un botecillo muy ligero que los paseaba por el Darro; y así daban casi la vuelta á la fortaleza morisca por aquel río que, en tiempo de los Arabes, arrastraba una corriente de oro; despues desembarcaban al pie del antiguo muro en donde estaba la puerta de Cadiz. Entraban en el primer recinto de la Alhambra, por el arsenal, Torre-Vigia, la torre del Homenage ó la Alcazaba, y el gran patio de los Aljibes donde se ve el palacio de Carlos V, al cual se entra por la puerta del Moro. Don Luis conocia admirablemente la Alhambra, porque habia formado parte de la sociedad de los *filoárabes* de Granada á su vuelta de Francia y de Italia. Evitaba

á Clara una multitud de pormenores enteramente inútiles y que la fatigaban sin complacerla. De este modo, la hacia llegar á la torre de Comares, atravesando el Mesuar con todas sus flores balsámicas, y volvian inmediatamente al antiguo palacio de los Arabes, dejando con desprecio el edificio con que el orgullo de Carlos V echó á perder la Alhambra, así como las obras añadidas que afean ese dechado del exquisito gusto de los Moros*. Muchas veces tambien, en lugar de subir á la torre de Comares, salian del palacio, y tomando á la izquierda, pasaban por cerca de la nueva parroquia de la Alhambra, y visitaban el antiguo palacio del muftí, y subiendo al grande recinto, atravesaban la torre de las

* Para formarse una idea de la grandeza y hermosura del último alcazar de los reyes moros de España, léase la descripción que hace de ese edificio el señor don Juan Floran en su *Alhambra*,

prisiones, y llegaban á la mas famosa, en la opinion de los Granadinos, es decir, á la de los Siete-Pisos, en que, segun se dice, los reyes moros encerraban sus tesoros. Aquella era, en otro tiempo, la entrada principal de la fortaleza; pero no se les aparecia ya ninguno de los prodigios que en Granada pasan por verdades, ni el caballo sin cabeza, ni los Franciscanos que llevan en procesion los cuerpos de los Abencerrages, nada en fin, que fuera capaz de justificar el terror de los habitantes de la Alhambra, se les habia presentado á la vista durante sus largos paseos. Siguiendo el mismo recinto, llegaban á la torre de las Aguas, y de allí á la de los Infantes.

Se paseaban una tarde, apoyada Clara en el brazo de Don Luis, y saboreaban la dicha de estar juntos sin pronunciar una sola

palabra; algunas veces se hallaban solamente apretándose el brazo ó la mano, y aquel elocuente language les bastaba para entenderse y ser felices. Habia hecho un hermoso dia, como suele hacerlo en el paraíso de la Europa; un aire templado agitaba aun las ramas de los árboles del Generalife, que veían á su izquierda sobre la montaña casi á su lado; un soplo embalsamado oreaba por todas partes la abrasada frente de la marquesa, y le volvia una vida que bien pronto iba á escapársele hasta al amor. Aunque su marcha era menos penosa, sintió Clara un trastorno que la obligó á apoyarse con mayor fuerza en el brazo de Don Luis.

— Me siento mala, le dijo.

Don Luis se quedó mortal y no respondió; porque acababa de notar el cambio de

su semblante; si bien habia sido tan rápido, que apenas lo habia podido apercibir. La palidez de Clara se aumentaba, y se le doblaban las rodillas.

— ¡Dios mio! exclamó Don Luis con una ansiedad que le quitaba hasta la posibilidad de reflexionar y de ver que hacia á Clara un mal horroroso, ¡Dios mio! ¡se va á morir!

No podia hablar la marquesa; pero lo miró con aquella mirada de amor que dice: ¡No temas; te amo demasiado para morir todavía! En aquel momento, sonó la campana anunciando el oficio de la noche. Don Luis habia olvidado, á causa de su turbacion que estaban tan próximos á la ermita; fué pues corriendo, llamó á la puerta y llegó al instante el ermitaño. Al reconocer á la marquesa, y viendo el esta-

do en que se hallaba, se apresuró á ayudar á Don Luis á trasportar á Clara al santuario; en seguida echó á correr, pasando por la casa árabe, al convento de San-Juan-de-Dios para buscar en él al hermano médico. Al punto, lo condujo al lado de la marquesa, á quien hallaron sin conocimiento, mientras que Don Luis, puesto á sus pies, y besando sus manos heladas, la llamaba con delirio, y le dirigia las palabras mas apasionadas.

El fraile lo retiró con tiento, y cogiendo el brazo de la marquesa, le estuvo tomando el pulso largo rato. Se hallaba muy debil, y parecia que se iba á extinguir la vida en aquella alma ardiente que, aun entonces no vivia sino por el amor. Examinaba con profunda compasion á la enferma, mugér joven y hermosa que se des-

pedia de la vida en la primavera de su edad y cuando era tan adorada, y al cabo de un rato, se acercó á Don Luis, á quien tuvo por el marqués de Benavente, pues no conocia á Don Fernando.

— ¿ La señora marquesa ha padecido con frecuencia estas crisis? le preguntó; yo desearia saberlo para inferir, si tiene necesidad de una sangria.

Don Luis miró al religioso con ojos espantados, y como que no comprendia nada de cuanto le decia, por lo que le repitió la pregunta.

— No, respondió Don Luis; no tiene de continuo estos deliquios.

En aquel momento hizo la marquesa un ligero movimiento; el religioso la observó con mayor atencion, y Don Luis prosiguió:

— Jamás padece crisis tan fuertes como esta. ¿Qué presagia vm., hermano mio?

El fraile bajó los ojos y no respondió. Don Luis se quedó como si lo hubiese herido un rayo. El velo se rasgaba á sus ojos, y ¡qué velo! la mortaja de Clara, la mortaja en que iba á envolverse bien pronto á Clara, ¡á la muger que él amaba mas que á su vida! á la que, durante un año, le repetia todos los dias.

— Amigo mio, yo me moriré bien pronto.

Don Luis se obstinaba en su incredulidad, y no queria ver una desgracia que no estaba á sus alcances el poder comprender.

— ¡Dios mio, decia él, tú te engañas, Clara!.. ¡tú, morir!.. no, no... mirame, ves... yo no me muero... ¡y tú quieres

morirte!.. Dios no puede llevarse á uno de nosotros sin que el otro lo siga, y yo no estoy malo; no Clara, yo no me muero... ni tú tampoco, tú no puedes morirte, te digo.

Clara meneó dulcemente la cabeza y sacudió sus negros cabellos que con los rizos ocultaban unas mejillas consumidas por el dolor, las lágrimas y los desvelos : sus negros y hermosos ojos se clavaron en los ojos azules y tiernos de Don Luis, y uno y otro en el éxtasis de amor que arrobaba sus almas, olvidaban la muerte; pero la muerte, ¡ ah ! la muerte no olvidaba su presa. El mal cundia en secreto, y la llama del dolor abria la herida que solo podia cicatrizar la mortaja.

Cuando la marquesa volvió en sí, se encontró con los ojos de Don Luis que espe

raban que los suyos volvieran á la vida. Y ya no queria este perder un gesto solo, una sola palabra, un suspiro extraviado, nada en fin de cuanto emanara de ella; queria al contrario recogerlo todo, juntarlo todo, y le parecia al pobre insensato que le hubiera dado su vida en cambio de una existencia agonizante y sin esperanza, si hubiera podido aplicar sus labios á los labios de Clara y recibir su soplo moribundo.

—No es posible que la señora marquesa vuelva á pie hasta el bote, dijo el hermano Enriquez. Voy á hacer que preparen la litera del padre prior y volveremos á la señora á Almeria.

Clara no podia rehusar esta oferta; porque aunque se sentia mejor, se hallaba en extremo endeble. Dispúsose en efecto la

litera y fué al momento á la puerta de la ermita : era excelente , y habiendo puesto en ella Don Luis y el hermano Enriquez á Doña Clara , bajó la cuesta rápida de la Alhambra hácia la plaza de la chancilleria por la parte de Torre-Bermeja : durante el camino , que fué largo , Don Luis tuvo siempre asida la mano de Clara , que estaba ardiendo , y cuando á intervalos sucedia un sudor frio á su sequedad ardorosa , Clara le tomaba la mano como para decirle : no te asustes ; yo no me moriré sin tí .

Cuando llegaron á Almeria , les dijeron que el marqués habia salido al encuentro de Doña Clara , inquieto con su ausencia prolongada . Al oir lo que el ayuda de cámara decia , el religioso se quedó atónito , é involuntariamente fijo los ojos en la marquesa y en Don Luis . Doña Clara se son-

rojó y bajó la vista. En cuanto á Don Luis no sabia él mismo donde estaba desde que habia oido la sentencia pronunciada por el hermano Enriquez, y hablaba con la muerte que por primera vez se le aparecia con ceño terrible y amenazador. ¡Oh! ¡quién podria describir cuanto sufrió su alma en la hora que se siguió á tan amarga revelacion! El dolor del hombre es tanto mas espantoso cuanto que es mudo y concentrado : con este sentimiento le sucede lo que con todos los sentimientos fuertes. El amor mismo, de que no habla cuando verdaderamente lo experimenta, es, callando, mucho mas peligroso para la que lo inspira, que lo es, hablando, por mas apasionadas que sean las palabras con que lo revela.

El hermano Enriquez no pudo ocultar

la sorpresa que le causó el hallar un extraño en el que habia supuesto ser el marqués de Benavente. No conociendo las interioridades de Almeria, se habia podido engañar acerca de la identidad del marqués con aquel hombre, al verlo á los pies de la marquesa de Benavente. Como Clara estaba mejor, se retiró el religioso prometiendo volver al otro dia.

— Yo he consagrado mi vida á los que sufren, dijo á Don Luis, y si la señora marquesa se agrava esta noche, que me envíen uno de sus criados; yo daré orden para que mi mula esté ensillada, y no tardaré veinte minutos en llegar aquí.

Luego que hubo partido, Don Luis volvió junto á Clara. No habia ella querido que la metieran en la cama, y estaba en el sofá circular de la galeria, donde sus cria-

das la habian rodeado de almohadones y cubierto con chales de Indias, de modo que así estaba con tanta comodidad como si hubiera estado acostada.

Clara dormia con un sueño promovido por el abatimiento cuando Don Luis se acercó á ella al mediodia. Su hermoso rostro pálido y macilento resaltaba mas en la almohada de damasco carmesi en que reposaba; sus manos que eran de una belleza extraordinaria, descansaban, la una en el costado y la otra sobre el corazon como para retener la vida; sus labios entreabiertos dejaban escapar un aliento abrasador, pero puro, que parecia iba á ser el último. Al acercarse á ella, detuvo Don Luis el paso, y llegó hasta junto el canapé sin haber hecho el menor ruido; cuando se vió allí se arrodilló sobre un cogin y per-

maneció algunos instantes en un éxtasis religioso. Al punto se turbaron sus ideas, ya no vió los objetos sino por medio de un velo que echaba la pasión sobre todo lo que lo rodeaba; le latía con violencia el corazón, y se abalanzaba hacia Clara, hacia aquella muger que iba á morir acaso dentro de algunas semanas, tal vez dentro de algunas horas, contemplaba su rostro adorado, siempre hermoso en medio de las penas y aun con la palidez de la muerte. Hubo un momento en que creyó que lo llamaba; se acercó y vió agitarse sus labios para hablar y pronunciar su nombre.

— Luis, decia sin despertarse, Luis, yo no quiero morir sin tí.

Se inclinó hacia ella, tocó sus cabellos con sus trémulos labios, y su fragancia acabó de encender un volcan en su sangre.

— Clara, le dijo en tono muy bajo, ¿me oyes? Y en su sueño pesado y fatigoso, como todos los sueños de la fiebre, no podía la moribunda levantar sus párpados, sin que por eso dejase de oír; quería responder, pero no tenía fuerza mas que para entreabrir sus labios, y dejar libre paso á algunos sonidos confusos.

— ¡Dios mio! decia Don Luis, ¡Dios mio! ¡dame resistencia!.. ¡dame valor!.. ¡Dios mio! ten piedad de ella y de mí.

En aquel momento hizo Clara un movimiento con que acercó su cabeza á Don Luis; el peso del cuerpo la hizo al punto inclinarse enteramente, y para evitar que se cayera al suelo la sostuvo Don Luis con sus brazos: entonces acabó de enloquecerse sintiendo la presion del ser querido que era su ídolo, y perdió de todo punto la

razon aquel desgraciado, que hasta entonces se habia sostenido contra tantos embates... todo desapareció, honor, juramentos, temor del cielo, ¡todo!.. Veia delante de sí una dicha que por entonces le fué imposible repeler; sus brazos trémulos rodearon á Clara, y la apretaron con amor. Ella se medio despertó, entreabrió sus ojos, y dirigió á Don Luis una dulce sonrisa. Iba cayendo el dia, pero el crepúsculo estaba bastante luminoso para dejar de observar que Clara exhalaba toda su alma en aquella mirada que le dirigia al despertar, como su primer pensamiento. En torno de ellos reinaban el silencio, la sombra, el misterio, una completa soledad.

— ¡Ah! exclamó Don Luis, seré feliz aunque se abra el infierno y me arrebate.

Y la moribunda no lo resistió porque amaba con la misma pasión que era amada!.. infeliz!..

Un terrible grito resonó en una de las ventanas que caian al jardin : aquel grito, aquella voz anunciaban al mismo tiempo la justicia de Dios y la de los hombres. Don Luis la reconoció , ¡era la de Don Fernando!.. Si permanece allí Don Luis, es perdida la marquesa. Con una luz escasa y habiéndose extendido el crepúsculo sobre todos los objetos, podia engañarse todavía Don Fernando. Se arrancó Don Luis de los brazos de Clara, y se lanzó al jardin por una de las ventanas opuestas á aquella por donde Don Fernando habia mirado á la galería. No fué seguramente el peligro lo que le hizo huir; sino la consideracion

de que si él permanecía en aquel sitio, era perdida la marquesa.

Cuando, guiado por su inquietud subió á la Alhambra Don Fernando con su litera en busca de Doña Clara, estaba bien lejos de sospechar lo que iba á averiguar. Frecuentaba poco esa parte de la ciudad, y por lo mismo no era conocido de sus habitantes. Guiado por las señas de la niñera de su hija hácia el sitio por donde mas á menudo daba sus paseos la marquesa, habia recorrido la torre de Comares, y los diferentes guardas lo habian dirigido por fin á la ermita. Allí le habia anunciado el monge ermitaño el accidente de Clara, diciéndole cuan hermosa y pálida estaba, y que el hermano médico de san Juan de Dios habia dicho á su marido que se iba á morir aquella señora.

— ¿Qué muger se va á morir? exclamó con voz atronadora, y ¿QUÉ MARIDO estaba con ella?

— El marqués de Benavente, respondió el monge. Y en aquel momento entró en la celda otro monge joven que habia ayudado á preparar la litera.

— ¿No es cierto, hermano, que el marqués de Benavente estaba aquí ahora mismo con la señora marquesa?

El monge respondió afirmativamente.

— ¡Como se quieren! prosiguió el ermitaño. Es muy agradable el ver un afecto virtuoso, segun Dios manda, disfrutando todos los gozos de los querubines! ¡Si vm. los hubiera visto! ¡sobre todo el marqués! ¡Oh! yo he creido que iba á morirse á los pies de su señora, antes que ella abriese los ojos; besaba las manos tan frias y tan blan-

cas de la pobre dama, que se hubiera dicho que estaba ya difunta.

— Clara , exclamaba , mi idolatrada Clara, espérame... espérame para morir... ya sabes que sin tí no puedo yo vivir.

Escuchaba Don Fernando al monge con una atencion que llevaba consigo el suplicio de los condenados. Por fin venia á ahuyentar las tinieblas , en que caminaba hacia tantos meses , una luz horrorosa , un resplandor siniestro. ¡ El hombre que amaba á Clara ; el que era para ella el deleite de su vida , y el suplicio para él de la suya , ese hombre , ese hombre era Don Luis , su amigo , su hermano , lo que mas habia amado en el mundo !! A medida que el monge hablaba , recibia Don Fernando una nueva luz , y aquella luz le dejaba ver la profundidad del abismo abierto

á sus pies : muerte, sangre, ruina, hé aqui el eco, el grito de su alma atribulada. Poseido de un delirio de rabia, y sufriendo los mayores tormentos, corria *allí*, al aposento en que en el mismo instante se hallaban los dos.

— Y la marquesa, preguntó por fin, la marquesa ¿ama mucho al marqués?

— ¡Oh! del mismo modo que él la ama, respondió el ermitaño ; ¡Dios mio! no bien habia abierto sus ojos cuando buscaba con su mano la de su marido, y lo llamaba con aquella voz tan dulce.

— ¡Oh! yo la he oido bien, dijo á su turno el monge joven, y aun he notado que el marqués se llama DON LUIS!... ¿no es ese su nombre, Señor?

Al oirlos salió del pecho de Don Fernando mas bien un rugido que una voz

humana; miró á los dos religiosos con una expresion furibunda y terrible que les hizo perder el color. Sin saber por que, previó el mas viejo de los dos una desgracia en aquel hombre que tenia los ojos desencajados y los cabellos erizados, y que parecia amenazarlos con su furia.

— ¡Fraile! exclamó, ¿es verdad lo que acabas de decir de esas dos personas?

Y tomando la mano del ermitaño, lo llevó á los pies de un crucifijo, y señalándolo con el dedo: — Jura delante de esta cruz, prosiguió, que has dicho la verdad.

— Ciertamente, yo lo juro, dijo el religioso, levantando la mano con seguridad. Yo he dicho y sostengo que el marqués de Benavente ama apasionadamente á su mu-

ger, y que la señora marquesa lo ama á él con la misma ternura.

Y el religioso, que no veía en Don Fernando mas que un amante desgraciado y zeloso, apoyaba la asercion del ermitaño.

— ¡Malditos seais los dos! exclamó Don Fernando arrojándose fuera de la ermita.

Anduvo errando algun tiempo por entre las ruinas cuyos rodeos no conocia. Llegó por último al patio de los Leones; allí se recobró y tomó aliento. Pero su alma estaba trastornada por una tempestad que no le concedia tregua alguna: no podia recordar las palabras: ¡cómo se aman! Sin que se alterase su razon. Se veía vendido, burlado, y ¿por quién? Entonces exhalaba su pecho ayes de rabia, aunque de una rabia impotente; sus ojos

se dirigian hácia Almeria; entonces se sonreia y acariciaba con la mano su puñal: tenia sed de sangre.

Dejó sus criados y caballos en el gran patio de la Alhambra, y corriendo sin cesar, saltando por encima de vallados y rocas, llegó á su casa, pero no entró por el patio grande: saltó un foso poco profundo y se encontró en el jardin. Allí tomó aliento. Aquellas hermosas sombras, aquellas bellas aguas que murmuraban dulcemente; el olor embalsamado de las flores, el tiempo mismo, tan dulce, tan atractivo, el aire templado, y el ambiente oloroso que lo envolvian voluptuosamente, todo le hacia olvidar lo que acababa de saber. Creyó por un momento el desgraciado que habia tenido un mal sueño. Cuando se detenia su pensamiento

en la traicion de Don Luis, y en la de Clara, entonces se volvia frenético y furioso.

En aquella disposicion se acercó á su casa, caminando poco á poco y sobre todo evitando hacer ruido en las hojas con los pies. Cuando estuvo cerca de la galeria, le latió el corazon violentamente. ¿Qué iba á saber el infeliz? Escucha : nada ; un silencio absoluto. Sin embargo ellos debian estar en la galería ; allí era donde su ciega confianza los dejaba, hacia mucho tiempo, para burlarse de él y de su necia credulidad. En fin creyó escuchar algunas palabras. Todavía estaba demasiado lejos ; oye entonces como un murmullo confuso ; sube á un naranjo... y entonces fué cuando oyó Don Luis el terrible grito que le hizo huir, no porque temiese por sí, sino

que ignoraba lo que Don Fernando había sabido en la Alhambra, y esperaba conservar un protector á Doña Clara.

La desgraciada se hallaba embargada por un doble letargo de sueño y de amor cuando Don Fernando se le presentó como una de esas apariciones fantásticas que turban un sueño febril. Los últimos resplandores del día alumbraban el rostro livido del marqués, y lo hacían espantoso. Sacudió bruscamente á Clara por el brazo y le preguntó con voz atronadora :

— ¿Dónde está tu cómplice?

Clara se incorporó y quiso hablar; pero su lengua helada estaba pegada al paladar.

— ¿Quieres responderme? gritó el marqués cuya rabia crecía á vista del desorden de los vestidos de Doña Clara. El seno des-

cubierto y los cabellos esparcidos de la marquesa le daban una maravillosa hermosura; pero aumentaban con la misma proporcion los furiosos zelos de su juez.

— Escucha, le dijo fijándola con una mano de hierro en el sofá, es necesario que me digas cuando te ha seducido ese hombre ¡miserable adúltera! Confiesa tu vergüenza antes que tu sangre enrojezca tu pecho mas que el fuego de sus besos impuros.

— Señor, dijo dulcemente la desgraciada, ¡tenga vm. lástima de mí! Señor, imploro la piedad de vm., yo no soy culpable, prosiguió.

Pero su voz desfallecida no podia asegurar la impostura. ¡Ah! demasiado sabia que era culpable. En aquel momento le inspiró al marqués un sentimiento indefi-

nible de odio y de amor. Le tomó la mano y se la retorció con una convulsion nerviosa. La infeliz perdió el color, pero no gritó; veía en los ojos desencajados del marqués que estaba perdida. El estaba tan trémulo, que no podía sostenerse. Miraba aquel rostro pálido y moribundo, y se acordaba de aquella palabra de condenacion: « el hermano médico había dicho que no viviria á la caída de las hojas ». Se enternecia al verla y se preguntaba si debía comenzar en ella su justicia. Clara rogaba, levantaba hácia el cielo sus manos blancas y descarnadas, juntas con devocion, y pedia á Dios un perdon que estaba segura de alcanzar, porque el arrepentimiento había precedido á la falta.

De repente percibe el marqués un objeto á sus pies; se baja, y encuentra el sombre-

ro y el látigo de Don Luis. A vista de testimonios tan irrecusables de la presencia del hombre, de quien por otra parte no podia dudar, dió Don Fernando un nuevo grito de rabia.

— ¡Arrodíllate! exclamó, arrodíllate, ¡muger adúltera!.. ¡arrodíllate! no hay perdon!.. ¡no hay perdon para los traidores!.. ¡Arrodíllate, te digo, y pide perdon á Dios!

Dirigia al rededor de sí sus ojos turbados, como para buscar otra victima. Clara se puso de rodillas y dijo con suavidad pero con entereza : — Señor marqués, un caballero no puede cometer una accion tan baja como matará una muger sin defensa... Tenga vm. compasion de sí mismo.

— ¿La has tenido tú de mí?.. no, no, es necesario morir... y luego en seguida, me

las habré con tu seductor. ¡Se ha escondido ese miserable tan cobarde como traidor!

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó la marquesa, no es culpa suya; yo soy quien lo he amado antes... yo soy quien lo he seducido.... Fernando créeme.... Luis no es culpable... ¡Oh! ¡no es culpable!

—¿Con que tú eres un monstruo mas infame de lo que yo podia figurarme? exclamó el marqués. ¡Tú has sido en mismo tiempo seductora y adúltera! ¡Ah! ¡miserable! ¡y tú lo amabas... á ese hombre! ¡por él era por quien llorabas en tus sueños... por quien te morias... te devoraba un amor criminal!.. ¡y á mí, jamás me has amado... jamás! Dímelo, á lo menos, ¿me has amado un solo dia?

Clara temblaba.

— ¡Qué! ¿ni un solo día... ni una hora... ni *un solo... un solo momento?*

Ella lloraba, y no respondía.

— Clara, respóndeme...

Y su mano levantó un puñal amenazando el pecho de la marquesa, que vió á un tiempo su juez y su verdugo. ¡Qué espantosa le pareció la muerte, recibida de semejante mano!

— ¡Luis, gritó ella, Luis, socórreme! ¡Luis!.. volvió á gritar; pero entonces fué interrumpida su voz por un gemido sordo, y cayó pesadamente sobre el marmol que enrojeció con su sangre; levantó un momento los ojos hácia la ventana por donde Don Luis habia saltado al jardin, pronunció su nombre balbuciendo, y espiró.

El marqués la miró con fria crueldad.

Aquella última palabra pronunciada en medio de los horrores de la muerte atestiguaba el amor que rehenchía el corazón que acababa de abrir con su puñal. Contemplaba la sangre que corría con un júbilo bárbaro; le parecía ver salir también el amor mezclado con la sangre. Luego se fué poniendo por grados la noche mas oscura, habló, y resonando su voz en aquella vasta pieza, se estremeció... semejante ruido le pareció extraño. Echó todavía una mirada sobre su víctima; allí estaba, tendida á sus pies, muerta... ya casi fria... ¡Tuvo miedo! ¡él... el asesino que no habia tenido horror de matar á una muger, temblaba entonces delante de su sombra que temia ver levantarse!.. ¿Pero era solo ese temor el que debia agitarlo? ¡La justicia! ¡el cadalso! Este recuerdo le hizo retroce-

der, dirigió otra mirada hácia su víctima, y un rayo de satisfaccion iluminó entonces su semblante siniestro : la venganza estaba escrita en su frente con rasgos de sangre. ¿No necesitaba aun otra víctima? El sacrificio no estaba consumado.

Pero habiendo oido rumor de voces, se estremeció ; cerró las dos ventanas, pasó por cerca del cadaver sin echarle ni una mirada de lástima, y salió con precipitacion de la galería, teniendo cuidado de cerrarlo todo. Llegó al punto á su habitacion, tomó todas las alhajas de su familia, de que era depositario, y doscientos doblones de oro ; luego bajó á sus caballerizas, hizo ensillar al momento dos caballos andaluces, los mas ligeros corredores de España, y dando de espuelas, partió á galope con direccion á Cadiz, dejando á su víctima abandonada,

aunque es verdad que ya no necesitaba socorro.

Cuando estuvo Don Luis en el jardín, oyó el ruido que se percibía en la galería. Por de pronto no distinguió mas que la voz atronadora de Don Fernando, y cuando llegó á sus oídos la voz mas dulce de Clara, no reconoció en ella el acento de la súplica, tranquilizándose así, hasta que oyó que Clara lo llamaba : iba á abalanzarse á la galería, pero estaba sin armas. Subió con precipitación á su cuarto, y tomó su puñal y sus pistolas. Bajó con la misma celeridad, pero no quiso entrar en la galería por la entrada ordinaria, y rodeó el jardín. Fué junto á la ventana, y no oyendo ruido alguno, se aseguró y esperó algun tiempo antes de aproximarse. Habia ya oscurecido, la noche estaba sombría, y la luna

se levantó sobre el horizonte roja y ensangrentada. A pesar de la suavidad del tiempo, temblaba Don Luis de frio; tenia en el corazon como una mano de hierro helada que lo oprimia.

— ¡Dios mio! ¡qué es lo que ha sucedido! decia entre sí.

Aquel continuo silencio lo inquietó: resolvióse á entrar en el palacio; fué á la puerta de la galería y la halló cerrada conforme la habia dejado el marqués al salir. Su inquietud fué entonces terrible; volvió al jardin y quiso entrar en la galería por la ventana baja; pero estaba tambien cerrada. No pudiendo resistir su agitacion, rompió una vidriera, y abriendo una ventana, saltó á la galería. Estaba tan oscura que ni se veia las manos; mas como conocia perfectamente el local, se dirigió hácia

el canapé, esperando que Clara hubiera dejado acaso alguna cosa de su uso, antes de abandonar un sitio que tan grato debía serle. Adelantó la mano, y solo halló los cogines hundidos muellemente por el cuerpo de Clara. En aquel momento cedió Don Luis á una magia de recuerdos mas fuerte para él que la misma desgracia, se arrodilló delante del sofá, donde con tanta frecuencia habia visto dormir á Clara, y donde el mismo sueño habia sido para él la fuente de su felicidad : rogó á Dios que le concediese el volverla á ver para decirle :

—Clara, mírame... ¡mira, qué feliz soy!.. porque tú me amas ; ahora... ¡tú me amas!.. ¡porque tú eres mia !

Se levantó poseido de un éxtasis religioso, y quiso recorrer la galería. Al volverse,

tropezaron sus pies en un objeto que habia en el suelo, quiso sostenerse, mas su pie encontró una materia resbaladiza que le hacia escurrirse. Cayó por último, ¡y puso la mano en una frente helada! Se cubrió el infeliz de un sudor frio, y todo su cuerpo tembló. ¡Ese cadaver es el de Clara!.. ¡esos son sus vestidos!.. Acababa la luna de presentarse en el horizonte en aquel momento, é iluminó la galería con su luz rojiza. ¡Qué espectáculo de horror se presentó á Don Luis! En torno de aquel cuerpo habia un lago de sangre que habia salido de una ancha herida abierta en la parte inferior del pecho : tenia el rostro cubierto con un chal de Indias que la envolvia. Por mas que no le quedase á Don Luis esperanza, quiso dudar aun ; vaciló en levantar el simple tejido que lo separaba de la

muerte. Por fin, lo levantó agitado con una agonía convulsiva.

Si; era el cuerpo de Clara.

Seis meses despues, pronunció Don Luis sus votos en el monasterio del Escorial, donde se impuso una penitencia perpetua, para alcanzar de Dios su perdon y el de Clara.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ULTIMO.

1207

